Laura Gómez

# LA MARQUESINA



«El 9 de diciembre de 2016, Iván, un quinceañero brillante, esperaba el autobús en una marquesina cuando se encontró con la oscuridad de un criminal vial reincidente que había hecho de la violencia su forma de vida. Esa noche un demonio se cruzó con un ángel».

Sinficción

# Laura Gómez

Dra. Laura Gómez García, madre, criminóloga y doctora en Derecho Cum Laude por la UCLM. Su tesis doctoral abordó la tutela jurídica de víctimas de delitos viales desde una perspectiva integral y humanizada. Licenciada en Criminología, posee másteres en Intervención Criminológica y Victimológica y en Criminalística y Ciencias Forenses, además de formación en Mediación y PNL. Dirige el Máster Universitario en Criminalística de la Universidad Francisco de Vitoria, donde imparte docencia en Criminología y dobles grados. Ha formado a profesionales en universidades nacionales e internacionales y a Fuerzas y Cuerpos de Seguridad en victimizaciones complejas. Colabora con el Instituto Canario de Análisis Criminológico (ICAC) ejerciendo como perito, conjugando teoría y praxis forense. Es miembro fundador del primer Observatorio de Criminología Vial de España. Participa como ponente en congresos y colabora con medios de comunicación. Apasionada de la criminología en estado puro, con vocación permanente por el aprendizaje. Su propósito vital aspira a dejar el mundo mejor. Comparte reflexiones en *Pura Criminología*.

# LA MARQUESINA

Un viernes de diciembre, en pleno corazón de Madrid, la vida de Iván, un adolescente de quince años que espera el autobús junto a su padre, se detiene para siempre. Un conductor drogado, alcoholizado y reincidente irrumpe en la noche a 135 km/h y convierte una marquesina en el escenario de una tragedia que marcará a una familia y sacudirá conciencias.

La marquesina no es solo la crónica de un atropello. Es el relato descarnado de once días de agonía, de una llamada que rompe el mundo en dos, de un sistema que sigue llamando «accidentes» a lo que son auténticos crímenes viales. A través de la voz de una madre que pierde a su hijo y decide no rendirse, este libro expone la violencia invisible que se cobra vidas cada día en nuestras carreteras y la impunidad que la rodea.

Esta obra transforma el dolor en memoria y la memoria en denuncia. Un testimonio necesario para que ninguna muerte vuelva a esconderse detrás de una estadística y para que la palabra «accidente» deje de ser un refugio cómodo frente a la realidad.

Porque la violencia vial existe. Y tiene nombre, responsables y consecuencias.



# LA
# MARQUESINA

Primera edición: marzo de 2026

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

© Laura Gómez, 2026
© de la presente edición, 2026, Editorial Alrevés, S.L.

Directora de la colección: Marta Robles
Diseño de la colección: Ernest Mateu
www.alreveseditorial.com

sinficción

Editorial Alrevés, S.L.
Carrer de la Perla, 22 - 08012 Barcelona
www.alreveseditorial.com

ISBN: 978-84-10455-62-7
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# LA MARQUESINA

– Laura Gómez –

Colección dirigida y coordinada por
Marta Robles

Sinficción
– Barcelona 2026 –

*Mi hijo no tuvo un accidente de tráfico.*
*A mi hijo lo mató un homicida vial.*

*Por todas las víctimas de la violencia vial.*

– • –

# - Índice -

Cubierta
Laura Gómez
La Marquesina
Portadilla
Créditos
Título
Dedicatoria
Prólogo
Una parada previa…

PRIMERA PARTE
1. Viernes
2. La Marquesina
3. 135 kilómetros por hora
4. La llamada
5. Once días

SEGUNDA PARTE
6. Detenido
7. La carta
8. Imprudencia

TERCERA PARTE
9. La sonrisa eterna
10. Amor y pegamento
11. El legado de Iván

Epílogo
Una última parada…
Canción dedicada a Iván
Agradecimientos
Sección de imágenes
Otros títulos

# Hitos

Cubierta
Título
Prólogo

# – Prólogo –
# MÁQUINAS DE MATAR

No hay padre ni madre que esté preparado para recibir la noticia de la muerte de un hijo. Menos aún cuando el fallecimiento sobreviene de un instante para otro, de una manera súbita e inesperada, y el *shock* es tan inmenso como la angustia de no haber podido pronunciar todas las palabras de amor que se ahogan en la garganta de esos padres huérfanos de hijos —«huérfilos», se llaman a sí mismos», a los que su ausencia mata en vida. Los accidentes son así. Inclementes e injustos como la propia naturaleza. Y no hay reparación posible. Pero ¿qué pasa con los asesinatos «sin intención», que algunos se empeñan en llamar también «accidentes»? Para la ley son «homicidios imprudentes»; y pueden ser más o menos graves. ¿Cómo de grave debería ser considerado un homicidio imprudente, si la persona que lo cometió es un criminal con 38 condenas previas, que decide conducir a 135 kilómetros por hora un coche robado, tras drogarse y alcoholizarse, por el centro de Madrid? Muy grave. Tanto como para conllevar una pena de 4 años… Nada más. Esa fue la condena que se le impuso al «homicida imprudente», Álvaro; un delincuente habitual, consumidor de drogas y de alcohol, que empotró su Ford Focus, robado pocas horas antes, en la marquesina bajo la que Iván, un adolescente de quince años, esperaba el autobús junto a su padre. El coche se llevó por delante al chico varios metros y acabó con su vida frente a los ojos de su progenitor. «¿Perdonaría usted al acusado?», le preguntó la magistrada en el juicio. «¿Y si fuera su hijo?», le repreguntó a su vez él a ella, «¿lo perdonaría usted?». *La marquesina*, el libro escrito por la criminóloga y doctora en Derecho, Laura Gómez, que ahora tiene en sus manos, es una radiografía fiel del infierno

que atravesaron los padres de Iván, tras la muerte de su hijo adolescente, después de ser arrollado por el vehículo conducido por Álvaro. También su lucha por lograr que una imprudencia extrema de esas características acabe siendo contemplada, algún día, como un asesinato. Algo que el tribunal no pudo plantearse cuando dictaminó esa pena máxima para la imprudencia homicida, al no poder probar la intención de matar ni el dolo eventual que refleja la aceptación consciente de que se va a matar a alguien. ¿Realmente existe una violencia vial que podría catalogarse como asesinato? Lean esta narración de prosa cuidada y respetuosa de Laura Gómez, y juzguen. Y recuerden que, después de aquel 9 de diciembre de 2016, en el que murió Iván, el 24 de noviembre de 2024, en el mismo lugar, otros dos jóvenes fueron atropellados (uno resultó muerto y otro herido grave). También que todos nuestros seres queridos salen a la calle, a diario. Y que esa calle está repleta de máquinas de matar.

MARTA ROBLES

– • –

# UNA PARADA PREVIA…

El sonido de la cucharilla contra el vaso marca el ritual de cada amanecer. Millones de españoles despiertan con el mismo gesto automático: café, ducha, noticias, rutina. Fuera, todo empieza de nuevo a ponerse en marcha. Coches que arrancan, puertas que se cierran, besos de despedida en el umbral, prisas, planes, citas.

Nadie imagina que antes de que termine ese día, al menos cinco familias, en el mejor de los casos, esperarán en vano el sonido de una llave en la cerradura.

Al menos, cinco.

Cada día.

Los informativos harán su correspondiente repaso por los crímenes más actuales, pero seguramente esas cinco muertes pasarán inadvertidas, catalogadas en un apartado que nuestra conciencia colectiva ha decidido llamar «accidentes de tráfico». Tiñendo de laxitud a un tipo de violencia muy letal e impune: la violencia vial.

En los archivos de los juzgados, miles de expedientes documentaban la misma historia con variaciones mínimas: un vehículo convertido en proyectil, una vida cercenada, un homicida vial que alegaba que «no se dio cuenta; que fue un error». Los jueces aplicaban, por aquel entonces, el artículo 142 del Código Penal —homicidio por imprudencia grave— y dictaban sentencias que oscilaban entre uno y cuatro años de prisión; cuatro años en el mejor —o mejor dicho, en el peor— de los casos la máxima condena. Esta es la radiografía de lo que era y lo que es hoy un crimen cotidiano.

El 9 de diciembre de 2016, mientras Madrid se preparaba para la Navidad, con el alumbrado en su máximo esplendor, Iván

esperaba el autobús en una marquesina del paseo del Prado. Tenía quince años, acababa de regresar de un intercambio Erasmus en Francia y esa tarde había enviado a su madre su última sonrisa infinita.

Esta es la crónica de una batalla. La historia de cómo el dolor de una madre se convirtió en la fuerza implacable contra un sistema narcotizado en cuanto a las muertes viales se refiere. Un sistema que asume como consecuencias propias de la red viaria que cada mañana, mientras suena la cucharilla en el café, demasiadas familias se preparen sin saberlo para el peor día de sus vidas. Para recibir esa llamada. Esa fatídica noticia.

Las estadísticas no mienten. Los muertos tampoco (más de 73.500 vidas se han perdido en carreteras españolas desde el año 2000).

La violencia vial existe.

– • –

# PRIMERA PARTE

–CAPÍTULO 1–

# VIERNES

El alba del 9 de diciembre de 2016 se levantó sobre Madrid con esa luz pálida y fría propia del invierno. Los termómetros marcaban cuatro grados bajo cero. El aire cortaba la cara de los pocos madrugadores que se atrevían a salir a la calle antes de las siete de la mañana. Las calles, más vacías de lo habitual, respiraban con el ritmo pausado de quien disfruta de un macropuente. Mucha gente en Madrid —y en toda España — había cogido libre el miércoles 7 y el viernes 9, creando un paréntesis de varios días que transformaba la ciudad en una versión más lenta de sí misma. Oficialmente, el 9 de diciembre no era festivo nacional ni autonómico en la capital, pero la proximidad del martes 6 —Día de la Constitución— y el jueves 8 —Inmaculada Concepción— había vaciado oficinas y colegios. Aquellos que se quedaron se dirigían a sus respectivos destinos con la calma de quien espera que el tráfico será más llevadero. Las luces navideñas, aún encendidas desde la noche anterior, se atenuaban lentamente, como si participaran de la cierta calma festiva que se respiraba. Era Madrid en versión sosegada, una ciudad que se había tomado un respiro. En los escaparates ya había maniquíes vestidos de rojo y verde, que parecían sonreír a los transeúntes que caminaban sin prisa por las aceras.

El barrio donde vivía Iván con su padre despertaba con la parsimonia de los viernes sin colegio. Iván se despertó con la naturalidad de quien tiene quince años y cree que el tiempo es infinito. Su habitación llena de insignias de su equipo favorito, el Atlético de Madrid, conservaba algunos recuerdos del viaje a Francia: una mochila sin deshacer, recortes llenos de anécdotas pegados en el espejo, recuerdos de un intercambio Erasmus que

había terminado apenas unos días antes. El intercambio en Francia había sido una confirmación más de esa curiosidad natural que definía a Iván. Sobre la mesilla de noche, el móvil mostraba varios mensajes de WhatsApp de sus amigos. El mundo, su mundo, cabía en su habitación.

Seiscientos kilómetros al noreste, en un hospital de Barcelona, María José, su madre, se preparaba para acompañar a su padre al quirófano. Se arregló para ir con su madre y con su hermano al hospital. Su padre estaba ingresado desde el día anterior. Habló con su padre antes de que lo bajaran a quirófano e hizo fotos a su hermano vestido de uniforme, porque trabajaba en ese hospital. Cada una de esas fotografías se convertiría en evidencia de la normalidad. Una operación de hernia. Sin complicaciones previstas. Pero cuando se trata de un padre, no existe la cirugía menor.

Había tenido que irse en pleno puente de diciembre, justo cuando su hijo había vuelto —tras pasar tres meses en Francia— cinco días antes, el 4 de diciembre. Tenía muchísimas ganas de verlo, muchísimos planes para hacer con él después de haber estado muy poco tiempo juntos tras su regreso del Erasmus. Se despertó con esa inquietud propia de todos los hospitales del mundo, sin saber que estaba viviendo las últimas horas de su vida anterior, sin saber que esa mujer que se levantó esa mañana de diciembre iba a morir esa misma noche. No físicamente. Algo mucho peor.

—Tenía miedo a que si algo iba mal podía perder a mi padre, lo que nunca jamás podía imaginar es que ese día no iba a perder a mi padre, iba a perder a mi hijo, lo que más quiero en el mundo, lo que más quería en el mundo —recordaba María José.

María José recorrió los pasillos del hospital con su madre y su hermano, compartiendo tiempo y charla como en cualquier sala de espera. La operación salió bien. Sin complicaciones. Por la tarde, María José fue a comprar una faja postoperatoria. Salió con su hermano y sus sobrinos a un centro comercial. Estaban contentos, tranquilos. Todo iba bien. Quizá un estado de gracia de quienes aún no saben lo que está por venir.

En Madrid, Iván, aunque algo inquieto esperando noticias de la operación de su yayo, también tenía planes. Los viernes por la tarde de un adolescente de quince años son territorio sagrado. Había quedado con sus amigos para ir a la bolera del Isla Azul. Una tarde normal, de esas que puede que se olviden, que pasen inadvertidas, que no sean nada extraordinario pues confiamos en que habrá cientos de ocasiones más. Iguales. Su madre, por la tarde, intentaba hablar con él, pero su hijo estaba con sus amigos. Era normal: acababa de regresar de Francia después de meses y quería reencontrarse con el grupo con el que había crecido. María José sabía que su niño se lo estaba pasando bien y no quería interrumpir sus planes. Ya hablarían cuando acabara, antes de que fuera a ver las luces de Navidad.

Los bolos caían sobre las pistas enceradas con el estruendo metálico propios del lugar. Las risas de los adolescentes se mezclaban con el runrún de las máquinas dispensadoras y el sonido de los zapatos especiales sobre el suelo de madera pulida. Iván se movía entre sus amigos con esa naturalidad que algunos poseen sin saberlo, ajeno a que estaba protagonizando las últimas imágenes de normalidad que quedarían grabadas en la memoria de quienes lo conocieron. La bolera del Isla Azul fue testigo sin saberlo de las últimas horas de felicidad de Iván.

La tarde se alargó más de lo previsto. Los adolescentes, como es natural, a veces pierden la noción del tiempo cuando se divierten. Iván volvió a casa más tarde de lo planificado, pero contento. Su padre lo esperaba. Tenían planes para ir al centro a ver las luces navideñas.

Madrid, en diciembre, se convierte en un escenario propio de las típicas películas de las fiestas. Las calles se llenan de esa cierta magia urbana que transforma la ciudad más dura en un lugar más afable y cálido. Padre e hijo decidieron ir en metro. Las aglomeraciones de aquellos días hacían desaconsejable el uso del coche. Madrid se multiplica por tres en diciembre. A los dos millones de habitantes habituales se suman los turistas nacionales que vienen expresamente a ver las luces, los familiares que se desplazan para las reuniones de Navidad, y esa sensación

general de que todo el mundo ha salido a la calle al mismo tiempo.

En la plaza de Callao, Iván y su padre se encontraron con un famoso, una figura familiar para millones de españoles: el conocido como «El Hombre de Negro» del programa *El Hormiguero*. Se hicieron una foto.

—Mira, mami, mira con quién estoy —le escribiría Iván por WhatsApp a su madre.

Era una foto casual, de esas que los adolescentes se hacen cuando reconocen a alguien famoso en la calle. El Hombre de Negro posa a su lado con su característica seriedad cómica. Iván aparece radiante, con esa sonrisa de siempre. Un instante congelado en el tiempo que se convertiría, sin que nadie lo supiera, en su último retrato, tan solo una hora y media antes de que su vida cambiara.

La última conversación entre Iván y su madre fue breve. Él estaba contento por la tarde en la bolera, tenía prisa por no perder el metro, perdería la cobertura durante el trayecto. Le dijo que al día siguiente le contaría más detalles. Tenían tiempo.

—Mami, voy a bajar al metro, te oigo mal, no tengo cobertura, mañana hablamos, ahora te mando fotos.

Fueron las últimas palabras que María José escuchó de su hijo. No había en ellas ningún presagio, ninguna despedida especial, ninguna declaración de amor extraordinaria. Solo las palabras habituales de un adolescente que tiene prisa por coger el metro y que da por sentado que mañana habrá otra conversación.

Planearon comer juntos al día siguiente, el 10 de diciembre, día del cumpleaños de su madre. Iván ya tenía envuelto el regalo para su madre: un perfume, Zadig & Voltaire —siendo curiosamente el símbolo de ese perfume un ángel—. Ella regresaría de Barcelona por la mañana. Hablarían de Francia, de la bolera, de los planes navideños. De todo y de nada, como hablan las madres y los hijos cuando se quieren y creen que tienen tiempo.

Entre tanto, en algún lugar de Madrid, Álvaro, treinta y ocho

años, con un historial criminal que se extendía como una mancha de aceite a lo largo de dieciséis años, se subía a un coche con la sangre contaminada por un cóctel letal: drogas, alcohol y velocidad en concentraciones que convertían cualquier vehículo en un proyectil incontrolable. Ford Focus de color blanco, reportado como sustraído en las primeras horas de esa misma jornada.

No era su coche. Sí era su arma.

El paseo del Prado se llenaba gradualmente de tráfico vespertino. Los conductores se detenían respetuosamente en los semáforos, mantenían en cierta armonía las normas básicas de la circulación. El viernes por la tarde discurría con la normalidad de millones de viernes idénticos.

A las diez y pico, Iván era simplemente un adolescente de quince años disfrutando de las luces navideñas de Madrid, enviando fotos a su madre y preparándose para celebrar con ella su cumpleaños al día siguiente. Un quinceañero que había llenado el mundo de luz durante su breve paso por él y que estaba a punto de encontrarse con la oscuridad absoluta de un criminal reincidente que había hecho de la violencia su forma de vida. Esa noche, un demonio se cruzó con un ángel.

– • –

–CAPÍTULO 2–

# LA MARQUESINA

La marquesina se alza solitaria bajo el manto nocturno del paseo del Prado. Son las 23:00 horas de la noche. Una estructura de cristal y acero que forma parte del paisaje urbano tanto como las farolas que la iluminan o los árboles que bordean la acera. Paneles transparentes que protegen del viento invernal sin obstruir la visibilidad y un techo que ofrece refugio contra la lluvia ocasional que caracteriza los inviernos madrileños. Los usuarios pueden detectar la aproximación de su autobús desde cualquier dirección. Su transparencia facilita también la vigilancia natural del espacio (*ver página A*).

Esta marquesina particular, situada en uno de los puntos más emblemáticos de Madrid, ha sido testigo silencioso de miles de esperas cotidianas. Estudiantes que regresan tarde de la universidad, trabajadores que alargan sus jornadas hasta altas horas, jóvenes que aprovechan la noche madrileña para salir por el centro. Cada noche, docenas de personas esperan aquí el autobús que los llevará a sus respectivos destinos, confiando de alguna manera en la seguridad que proporciona una parada bien iluminada en una de las avenidas principales de la capital.

El paseo del Prado despliega ante la marquesina toda su majestuosidad arquitectónica y urbanística. Es una avenida que bien podría verse como museo al aire libre de la evolución urbanística madrileña, donde cada edificio cuenta una parte de la historia. Las farolas típicas que se alternan a lo largo de la avenida proporcionan una iluminación uniforme que permite tanto la circulación segura de vehículos como el tránsito confortable de peatones. Incluso en diciembre, cuando la mayoría de los árboles ha perdido sus hojas, la vegetación mantiene una

presencia significativa que suaviza la dureza del asfalto y el hormigón.

Desde la marquesina se divisa la fuente de Neptuno, situada a pocos metros de la marquesina. Neptuno, fiel espectador de los triunfos del Atlético del Madrid —el equipo de Iván—, símbolo de lucha constante: «partido a partido». El aire nocturno porta esos aromas propios de las grandes ciudades en invierno: el escape de los vehículos mezclado con el olor a calefacción que se filtra desde los edificios, el aroma de los árboles que mantienen su actividad vital reducida pero constante, esa mezcla indefinible pero familiar.

En principio, los vehículos que circulan por el paseo del Prado mantienen trayectorias predecibles que no interfieren con el espacio peatonal donde se sitúa la parada de autobús. Los históricos sobre siniestralidad de la zona muestran que, durante décadas, han sido bajos los incidentes relacionados con las paradas de autobús. La combinación de buena visibilidad, iluminación adecuada y la separación entre espacios vehiculares y peatonales favorece unas condiciones de seguridad que convierten la espera del transporte público en una actividad de bajo riesgo —a priori.

Pero esta noche, todos estos elementos cuidadosamente planificados y ejecutados están a punto de convertirse en el escenario de una tragedia que contradice todas las previsiones de seguridad, que desafía todos los cálculos de riesgo, que demuestra cómo la civilización urbana puede ser destruida en segundos por la violencia de quienes han elegido convertir las calles en campos de batalla.

Son las 23:15 horas. El tráfico nocturno fluye con normalidad por el paseo del Prado. Con esa cadencia particular de las grandes urbes en sus principales avenidas cuando han superado las horas de mayor congestión. Los vehículos circulan a velocidades apropiadas, respetan los semáforos. Es la sinfonía urbana habitual de una gran ciudad que funciona según las reglas civilizadas de la convivencia: miles de conductores que participan inconscientemente en la creación de un orden colectivo que

permite el funcionamiento eficiente de la movilidad urbana. Los peatones se apresuran por las aceras, envueltos en abrigos y bufandas, mientras las primeras luces navideñas lucen en todo su esplendor.

El tiempo sigue su ritmo. Ya han transcurrido quince minutos —son las 23:30 horas—. La cuenta atrás ha comenzado. Los próximos seis minutos lo cambiarán todo.

En algún lugar del paseo del Prado, acercándose a velocidad letal, alguien conduce un arma con forma de automóvil hacia lo que será un altar de la tragedia. A las 23:36 horas exactas, la normalidad esperable, perfecta, de esa avenida está a punto de convertirse en horror absoluto cuando un Ford Focus robado, conducido por un reincidente a velocidad homicida, transforme la marquesina del paseo del Prado en el símbolo de una forma de violencia que la sociedad española deberá aprender a nombrar y a combatir: la violencia vial.

– • –

—CAPÍTULO 3—

# 135 KILÓMETROS POR HORA

Iván y su padre se aproximan con la tranquilidad de quienes conoce perfectamente los horarios del transporte nocturno. Son las 23:30 horas y el autobús no debería tardar mucho. Se sitúan en la marquesina, la parada central de la plaza, con esa postura relajada pero atenta que caracteriza a los usuarios experimentados: suficientemente cómodos para esperar sin impaciencia, pero alerta para detectar la llegada de su transporte.

Pocos metros separaban a padre e hijo; los metros necesarios para que Iván pueda consultar el panel electrónico informativo de la EMT —Empresa Municipal de Transportes de Madrid— que indica los tiempos de espera al instante.

Iván se acerca al poste informativo con esa curiosidad práctica que caracteriza a un adolescente que se mueve con soltura por las calles de su ciudad. Su padre lo observa mientras consulta los minutos restantes para que un autobús los lleve de regreso a casa.

Su posición es perfectamente visible desde la calzada. No hay obstáculos visuales, la iluminación es óptima, la separación entre el espacio peatonal y la zona de circulación vehicular está delimitada. En principio cabe esperar que cualquier conductor que transite por el paseo del Prado puede verlo con total claridad y suficiente antelación para tomar cualquier precaución necesaria.

Pero a lo lejos, por la calzada que viene desde Cibeles en dirección a Atocha, se aproxima algo que rompe brutalmente esta armonía. Un rugido desproporcionado de motor que contrasta violentamente con la tranquilidad general. Es el sonido

inconfundible de un vehículo que circula muy por encima de cualquier límite razonable, una agresión sonora que comienza a dominar el ambiente nocturno.

Algunos peatones giran instintivamente la cabeza hacia el origen de ese ruido que viola todas las normas de la cortesía urbana. Pero la distancia aún es suficiente como para que nadie pueda calibrar la magnitud del peligro que se aproxima a velocidad homicida por una de las avenidas principales de Madrid.

En el asiento del conductor de ese Ford Focus robado, Álvaro mantiene el pie hundido en el acelerador con una determinación que solo puede explicarse por la combinación letal que viaja por sus venas. Su sangre contiene alcohol por encima de cualquier límite legal, además de cocaína y restos de ansiolíticos. Es una mezcla química que ha convertido este vehículo en un proyectil incontrolable y a su conductor en una amenaza mortal para cualquier forma de vida que encuentre en su trayectoria. Su capacidad para manejar mecanismos de dirección, control y frenado, así como su capacidad de reacción y reflejos están gravemente mermados. Sus 1.300 kilogramos de masa metálica han quedado transformados en una bala dirigida contra todo lo que encuentre en su trayectoria de destrucción.

El Ford Focus circula a 135 km/h en una zona urbana limitada a 50 km/h, pero en este momento es simplemente una masa de metal que se desplaza con una energía cinética devastadora. Las leyes de la física han quedado reducidas a una ecuación implacable: cuando esa velocidad y esa masa colisionen con un cuerpo humano, las consecuencias estarán determinadas por fórmulas matemáticas que no admiten negociación.

Cuando llega al final del paso de peatones existente en la confluencia con la plaza de Cánovas del Castillo, va a una velocidad que triplica los límites legales urbanos. Pero su primer acto violento, su primer impacto no será con Iván.

Todavía no.

La primera colisión se produce cuando el Ford Focus choca con el retrovisor izquierdo de otro turismo que circulaba correctamente

por el carril central y que está deteniendo debidamente el coche al encontrarse el semáforo en rojo. Pero este primer impacto contra el retrovisor del vehículo detenido no detiene ni ralentiza la trayectoria homicida. Al contrario, en ese momento el homicida vial pierde el control del turismo, pero continúa desplazándose unos 27 metros en oblicuo hacia la derecha, acumulando una velocidad destructiva que se dirigirá inexorablemente hacia su objetivo final.

Esos 27 metros que recorre después se convierten en una cuenta atrás medida con precisión pericial hacia la segunda colisión de la destrucción. Cada metro representa una oportunidad perdida de detener la máquina de la tragedia, cada segundo transcurrido añade energía cinética al proyectil que se dirige hacia la plaza de Cánovas del Castillo.

Esa segunda colisión amplifica exponencialmente la violencia en sí. El Ford Focus choca fuertemente con otro turismo que, procedente del primer carril de la derecha y contiguo al carril bus-taxi, circulaba adecuadamente por el centro de la plaza de Cánovas del Castillo. Una vez más, el vehículo que conduce el homicida vial es utilizado como instrumento de violencia extrema contra la sociedad que funciona —hasta ese instante— según las reglas mínimas de convivencia.

Los peatones que caminan por las aceras cercanas comienzan a detenerse, sorprendidos por la intensidad de ese rugido que rompe la normalidad nocturna. No hay frenada. No hay intento alguno de evitar la tragedia. Es la trayectoria recta y mortal de un misil que ha perdido el control —o que nunca lo ha tenido.

El impacto contra el segundo turismo genera consecuencias físicas que transforman el Ford Focus en algo más peligroso aún de lo que era. Pero el tiempo de reacción humana, especialmente cuando el cerebro no puede procesar inmediatamente la magnitud de un peligro que excede cualquier experiencia previa, resulta absolutamente insuficiente para evitar lo que está a punto de suceder. No hay tiempo para moverse, para correr, para buscar refugio.

Tras esta última colisión, el vehículo sale volando y, tras caer

sobre el asfalto, continúa circulando lateralmente y derrapando, acompañado de un tremendo ruido a metal y chirriar de las gomas de los neumáticos, hasta llegar, 34,30 metros después, a la dársena de la parada de autobuses donde, tras invadir la misma y chocar con diversos elementos viarios violentamente —una placa de tráfico, un poste de panel informativo de la EMT—, alcanza de lleno a Iván (*ver página B*). Su cuerpo recorre 13 metros por encima del asfalto hasta impactar contra la parte trasera de un coche de la Policía Municipal que se encuentra estacionado en las inmediaciones prestando servicio. Su padre, a tan solo unos metros de él, lo ha visto todo. Todo.

Se hace el silencio. Se para el tiempo.

El atropello se produce exactamente a las 23:36 horas de la noche del 9 de diciembre de 2016.

La violencia del encuentro entre el Ford Focus y el cuerpo de Iván desafía cualquier descripción que pueda hacer justicia a la magnitud física del desastre. Un vehículo de unos 1.300 kilogramos que se desplaza a 135 kilómetros por hora posee una fuerza destructiva que convierte el impacto en un acontecimiento que trasciende lo accidental para adentrarse en lo criminalmente deliberado.

Las cámaras de seguridad del Ayuntamiento de Madrid registran cada fracción de segundo de esta secuencia devastadora. Son testigos imparciales que documentan la transformación instantánea de un adolescente que esperaba el autobús en una víctima de la violencia vial más extrema que se puede concebir.

Tras el impacto con Iván, el Ford Focus continúa su trayectoria arrolladora durante 32,5 metros adicionales, hasta chocar contra la valla metálica de protección del parking de las Cortes, derribándola junto con una jardinera, un tubo de soporte de repetidor y una señal de tráfico, cayendo a continuación en el interior de la rampa del referido parking, donde se detiene por fin (*ver páginas B y C*).

En ese preciso instante, María pasea con sus cascos por delante del Hotel Palace. A pesar de que está escuchando a máximo

volumen uno de sus grupos favoritos, oye un tremendo ruido y ve como un coche se mete en el parking de las Cortes. Decide llamar al 061 y al 112, pero no logra contactar. Se gira y ve a un joven en el suelo al lado de la marquesina del autobús. Vuelve a llamar:

—Si no venís, este niño se muere —les dice por teléfono a los servicios de emergencias.

Entonces, el homicida vial abre la puerta del conductor y sale del vehículo por su propio pie. Su comportamiento en estos primeros segundos posteriores al atropello múltiple no atiende a ninguna comprensión racional de la psicología humana. Sin mostrar el más mínimo atisbo de remordimiento, intenta huir.

Intenta huir.

Pero no corre desesperado, no grita horrorizado por lo que acaba de hacer, no muestra signos aparentes de shock o alteración emocional. Simplemente camina con tranquilidad hasta el bordillo de la acera y se sienta.

Se sienta y espera.

—¿He hecho daño a alguien? —pregunta con una frialdad aplastante.

Su postura es relajada, como si acabara de aparcar para hacer una pausa en un viaje rutinario. No pregunta por el estado de las víctimas, no busca ayuda, no muestra el más mínimo signo de preocupación por las consecuencias de sus actos. Es una frialdad que trasciende cualquier explicación para adentrarse en territorios quizá de desconexión moral, existencial.

No hay lágrimas. No hay disculpas. No hay humanidad.

Solo la frialdad absoluta de alguien para quien la vida de los demás no significa absolutamente nada.

—En treinta años de profesión no había visto persona más fría, desinhibido, que le daba igual lo que había ocurrido —declarará más tarde uno de los agentes de la Policía Municipal que acude inmediatamente al lugar de los hechos.

Es un testimonio que resume la impresión unánime que causa el homicida vial en la mayoría de los profesionales que interactúan con él durante las horas siguientes.

Los primeros testigos llegan hasta donde yace Iván con esa

mezcla de horror y compasión que caracteriza a los seres humanos —decentes— cuando se enfrentan a la tragedia ajena. Es un joven de quince años que hace apenas unos minutos enviaba mensajes a sus amigos y que ahora lucha por su vida sobre el asfalto frío del paseo del Prado, víctima de una de las agresiones más bestias que un ser humano puede infligir a otro utilizando un automóvil como arma. Una testigo, María, quien presenció los hechos, declaró después que, a pesar de que llevaba el volumen de la música a toda potencia, el ruido del impacto era muy, muy fuerte. El chirrido de las ruedas, el estrépito de los metales colisionando, la violencia del atropello. Y, después, la imagen del conductor saliendo del coche con una tranquilidad que contrastaba brutalmente con la escena de horror que acababa de provocar.

Su cuerpo, totalmente irreconocible por el impacto múltiple, presenta lesiones que desafían la capacidad de supervivencia del organismo humano.

Pero aún respira.

Aún hay un hilo invisible que lo conecta con la vida, aunque ese hilo sea tan frágil que cualquier movimiento brusco podría romperlo definitivamente.

Los transeúntes que se acercan comprenden instintivamente que se encuentran ante una tragedia de magnitudes que exceden su capacidad generosa de respuesta. Algunos sacan sus móviles para llamar a los servicios de emergencia, la mayoría simplemente se queda paralizada ante la enormidad de lo que están presenciando.

En estos primeros minutos, antes de que llegue la maquinaria oficial de la emergencia, la fuente de Neptuno es testigo de un escenario suspendido entre la vida y la muerte; entre la normalidad que acaba de ser destruida y la tragedia que comienza a desplegarse.

Las sirenas comenzarán a sonar en pocos minutos, rompiendo la quietud nocturna con esa urgencia que anuncia que algo terrible ha ocurrido en el corazón de Madrid. Los servicios de emergencia se movilizarán con esa eficacia que caracteriza a los profesionales

entrenados con las más duras de las experiencias para responder ante las peores catástrofes urbanas.

Mientras tanto, sentado en el bordillo como si fuera un espectador más del desastre que ha causado, el homicida mantiene esa frialdad. Su actitud no es la de alguien que ha sembrado el horror, si siquiera de aquel que ha cometido un mal llamado «error trágico», sino la de quien ha ejecutado un acto de violencia extrema y espera, quizá, tranquilamente las consecuencias.

La marquesina del paseo del Prado, testigo mudo de miles de esperas rutinarias, ha quedado marcada para siempre como el lugar donde un ángel de quince años se encontró con un demonio de treinta y ocho; donde la normalidad de un viernes nocturno se convirtió en el prólogo de una lucha que trascenderá lo personal para convertirse en una batalla. Fue testigo de un escenario de un crimen vial que evidenciará de manera irrefutable que los vehículos pueden ser armas letales en manos de quienes eligen usarlos para destruir vidas inocentes, poniendo de manifiesto de manera implacable que la desconocida violencia vial no puede llamarse «accidente de tráfico». No fue mala suerte, no fue por el azar, no fue por una casualidad; fue por una causalidad.

No fue un accidente.

En algún lugar de Barcelona, María José transita lo que podrían ser los últimos días de su antigua vida. Cenaba tranquila con su familia. Su padre se recuperaba bien de la operación. Mañana volvería a Madrid. Pasaría su cumpleaños con Iván.

El horror ha comenzado.

Es el momento en que una familia está a punto de recibir la llamada que dividirá su existencia en un antes y un después irreconciliables.

Su móvil está a punto de sonar con la llamada que la convertirá en otra persona para siempre, que la transformará, que lo transformará todo.

—CAPÍTULO 4—

# LA LLAMADA

Barcelona. El teléfono de María José comenzó a vibrar. Solo vibrar. Estaba sin sonido.

Un sonido mecánico, desalmado, que atravesó como una alarma el silencio de la habitación del hospital donde acompañaba a su padre tras la intervención. La vibración generaba un zumbido sordo que se amplificaba contra la mesa donde estaba, proyectando un halo azul en el techo de aquel lugar.

Bzzzz. Bzzzz. Bzzzz.

María José no se atrevía a mirarlo directamente. Había algo en esa vibración —en su insistencia mecánica, en su hora intempestiva— que le erizó la piel de una forma que no podía explicar racionalmente.

Ese instinto maternal.

Esa conexión invisible que une a una madre con su hijo incluso a 630 kilómetros de distancia. Una conexión que opera más allá de la lógica, más allá de cualquier explicación científica. El mismo instinto que hace que una madre se despierte segundos antes de que su bebé llore. El mismo que ahora inundaba cada nervio de su cuerpo con un mensaje inequívoco: «algo ha pasado».

El teléfono seguía vibrando.

No eran horas de llamadas. Pasadas ya las 23:30 de la noche es la hora de las emergencias, de las malas noticias, de las catástrofes que no pueden esperar hasta el amanecer. Es la hora en que los hospitales llaman a familias para decir que vengan urgentemente. La hora en que la Policía toca puertas para informar de los mal llamados, a veces, accidentes.

La hora en que el mundo se rompe.

Alguien esperaba al otro lado, contando los tonos.

Bzzzz. Bzzzz. Bzzzz.

La llamada podía ser cualquier cosa. Tal vez su madre —la abuela de Iván—, que se había marchado a casa agotada tras horas de espera en el quirófano. «¿Cómo está papá? ¿Ha cenado? ¿Necesita algo?». La operación había terminado sin complicaciones, pero cuando se trata de seres queridos, hasta el postoperatorio es una vigilia. Por eso María José había decidido quedarse esa noche en el hospital. Por eso estaba allí, en Barcelona, lejos de Madrid.

Podía ser Antonio llamando para decir que Iván había llegado bien a casa.

Podía ser un número equivocado.

Podía ser cualquier cosa.

Pero intuía que no lo era.

El instinto no se equivoca. No en esto. No cuando se trata de hijos.

Solo quedaba el instinto.

Bzzzz. Bzzzz. Bzzzz.

Tres horas antes, Iván le había enviado una foto sonriendo junto a un famoso que se habían encontrado por casualidad en el centro de Madrid. Una imagen espontánea, llena de esa alegría natural que emanaba de él. María José había mirado la foto y había sonreído. Su hijo estaba feliz.

El nombre brillaba en letras blancas sobre el fondo azul: Antonio, el papá de Iván.

Su exmarido. El hombre con el que había compartido la crianza, las alegrías, las preocupaciones de educar a ese niño que se había convertido en un adolescente brillante. El padre que en ese momento estaba con Iván en Madrid.

Llamando pasadas las 23:30 de la noche.

No eran horas.

Deslizó el dedo sobre la pantalla táctil. El gesto universal de responder una llamada. Un gesto que había hecho miles de veces en su vida pero que ahora sentía como si estuviera abriendo la puerta a algo definitivo e irreversible.

Silencio durante una fracción de segundo.

Y entonces escuchó la voz de Antonio al otro lado de la línea. Una voz que no sonaba como siempre.

María José acercó el teléfono a su oído.

—¿Hola?

Y en ese momento comenzó la llamada que quedaría grabada para siempre.

Seis minutos y treinta y seis segundos que cambiarían todo.

Por casuística de la vida, la aplicación de grabación automática que María José había instalado en su teléfono móvil meses atrás se activó sin que ella lo supiera. Una casualidad del destino y de la tecnología que se convertiría en el registro más doloroso de su existencia.

Cada palabra quedaría documentada. Cada gemido. Cada segundo del momento exacto en que una vida humana se quiebra en dos mitades irreconciliables: el antes y el después.

Lo que sigue es la transcripción íntegra.

**[LLAMADA TELEFÓNICA]**

**Duración total: 6 minutos y 36 segundos**

**Fecha: 9 de diciembre de 2016**

Hora de inicio: 23:45:16

Grabación automática activada

Participantes: María José (madre de Iván), Antonio (padre de Iván), José (el abuelo de Iván, su «yayo») y un enfermero del SAMUR (Servicio de Asistencia Municipal de Urgencia y Rescate de Madrid).

**(0:16)**

—¿Hola?

La voz de María José suena controlada todavía. Casi normal. El tono de alguien que responde una llamada esperando cualquier cosa excepto lo que va a escuchar.

**(0:18)**

—¿Hola?

Lo repite. Nadie responde inmediatamente al otro lado. Hay ruido de fondo. Voces. Sirenas distantes.

**(0:18)**

—Dime, dime, ¿qué pasa?

Ya no es una pregunta casual. Es una demanda. El instinto maternal ha detectado algo en el silencio de esa línea abierta.

**(0:20)**

—¿Qué pasa?

**(0:21)**

—¿Qué pasa?

Tres veces la misma pregunta en cinco segundos. Cada repetición más urgente que la anterior. María José ya sabe la respuesta antes de escucharla.

**(0:23)**

—Bueno, a ver…

La voz de Antonio finalmente emerge. Pero no suena como él. Hay algo quebrado en esas tres palabras.

**(0:24)**

—¿Qué pasa?

María José insiste. Necesita que lo diga ya. Sea lo que sea.

**(0:25)**

—Que hubo un accidente, se ha llevado un coche a tu hijo por delante…

Diez palabras. El mundo se detuvo.

**(0:29)**

—¡Ay, no!

El primer sonido que emite no es lenguaje articulado. Es un gemido primitivo. El sonido exacto de un alma que se parte.

**(0:30)**
—¡No, por favor!

**(0:31)**
—¿Cómo está el niño?, por favor…
Aún queda esperanza. Todavía es posible que sea algo menor. María José se aferra a esa posibilidad con la desesperación de quien se ahoga.

**(0:33)**
—¿Cómo está el niño?
Lo repite.

**(0:35)**
—Mal, mal.
Dos palabras. La repetición no es énfasis, es derrota.

**(0:37)**
—¡Ay, que me muero!
Y es literal. La María José que había despertado esa mañana efectivamente está muriendo. No es metáfora. Es descripción exacta de un proceso que ha comenzado: la muerte de una identidad, de una forma de estar en el mundo, de una madre que ya nunca volverá a ser quien era.

**(0:38)**
—No sé lo que va a pasar.

**(0:40)**
—¡Ay, que me muero!

**(0:41)**
—¡Ay, que me muero!

**(0:45)**

—Un coche atropelló al niño.

**(0:54)**
—¡Ay, que me muero!

**(0:56)**
—¡Ay, mi niño!

**(1:00)**
—Que no, ¡que no!

**(1:01)**
—¡Que me quedo aquí y que no pasa nada!

**(1:02)**
—¡Ay, que han atropellado a mi hijo!

**(1:04)**
—¡Ay!

**(1:05)**
—¡Ay!

**(1:08)**
—¡Ay!

**(1:09)**
—¡Ay, por favor!

**(1:10)**
—¡Ay!

**(1:11)**
—Ay, ay, ay…
Ocho gemidos consecutivos en siete segundos. Ya no hay palabras. Solo dolor en estado puro, expresándose de la única

forma posible: sonido sin articulación, grito sin forma. El lenguaje ha colapsado. Solo queda la vocalización animal del sufrimiento.

Hay un silencio de veinte segundos. Al otro lado de la línea, en Madrid, Antonio tampoco sabe qué decir. Se escuchan voces de fondo. Sirenas. El caos de un lugar, una escena trágica.

**(1:31)**

—Sí, dime…

Una tercera voz interrumpe. Masculina. Alguien ha cogido el teléfono de Antonio. Alguien que intenta ayudar, pero no sabe cómo.

**(1:33)**

—¿Oye?

**(1:35)**

—Soy…, soy José.

José. El abuelo tan querido por Iván. El «yayo» al que se refería cuando exclamaba: «¿Qué haría yo si mi yayo…?», dejando la frase suspendida en el aire.

**(1:43)**

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

**(1:50)**

—Que está muy mal. ¿Tú quién eres?

José responde, pero también pregunta. No sabe con quién está hablando. Todo es confusión.

**(1:52)**

—Soy Antonio.

El padre ha recuperado el teléfono. Su voz suena más controlada ahora.

**(1:53)**

—Ah, sí, vale, vale, vale.

**(1:55)**
—Uff, vaya, Dios mío.

**(1:58)**
—¿Y adónde está? ¿Adónde está? ¿Adónde está?

**(2:01)**
—Estamos en la plaza Neptuno.

**(2:03)**
—¿En la plaza Neptuno?

**(2:06)**
—Sí.

**(2:08)**
—Espérate que es que la Marijose se le ha dado un ataque.
Antonio habla con alguien que está a su lado. El paisaje sonoro revela la escena: están en plena calle, rodeados de gente, de ambulancias, de policía.

**(2:11)**
—Ya, ya, ya, que ya lo sé, ya lo sé.

**(2:13)**
—A ver, yo no sé si es mejor que lo expliques a ella o a mí.

**(2:17)**
—No, no, si no hay nada que explicar.
Antonio tiene razón. No hay nada que explicar. Un coche ha atropellado a su hijo. Esa es toda la explicación que existe.

**(2:20)**
—Están aquí los médicos asistiéndole a ver si lo sacan para adelante.

«A ver si lo sacan para adelante». La esperanza expresada en condicional. Antonio sabe exactamente qué posibilidades hay. Pero es también padre.

**(2:24)**

—¿Y está consciente o no?

La pregunta técnica. María José también es médica. Sabe que la consciencia es el indicador clave en traumatismos craneoencefálicos. Si está consciente, hay esperanza.

**(2:26)**

—No, no, no está consciente.

**(2:28)**

—La madre de Dios.

**(2:30)**

—Vaya, vaya, vaya, vaya.

**(2:33)**

—No está consciente.

**(2:35)**

—Vale, vale, vale.

«Vale», la palabra que significa aceptación. Pero no acepta nada. Solo reconoce que ha escuchado la información.

**(2:37)**

—Ay, madre mía.

**(2:38)**

—Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya.

Ocho «vaya» seguidos. Las palabras perdiendo significado, convirtiéndose en mantra, en sonido para llenar el vacío donde debería estar el consuelo.

**(2:43)**
—No, no, ven.
Antonio habla con alguien más. Hay gente moviéndose alrededor.

**(2:46)**
—Están…

**(2:47)**
—Qué le lleven al 12 de Octubre, por favor.

**(2:50)**
—No la dejéis hacer nada.

**(2:51)**
—Llevadle al 12 de Octubre, por favor.

**(2:53)**
—María José, que no, alguien que lo lleve.

**(2:56)**
—Que está aquí.

**(2:57)**
—La ambulancia y hasta los bomberos.
Los servicios de emergencia. Toda la maquinaria de rescate movilizada. María José escucha esto y entiende la magnitud. No es un accidente menor. Es algo grande, algo terrible, algo que requiere ambulancias y bomberos y policía.

**(3:02)**
—No te preocupes, que están todos aquí.

**(3:04)**
—Pero ¿está vivo?

La pregunta directa. La única que importa.

**(3:06)**

—No, no, no está bien, María José.

Antonio no contesta «sí» o «no». Dice «no está bien».

**(3:09)**

—No está bien, no está bien, no está bien.

Lo repite tres veces. Como si necesitara convencerse a sí mismo. O prepararla para lo inevitable.

**(3:14)**

—Ay, Dios mío, por favor.

**(3:18)**

—Por favor, por favor, ¿está muerto?

**(3:22)**

—No, muerto no está todavía.

«Todavía». Palabra que atraviesa el alma como una lanza ardiendo que desgarra.

**(3:25)**

—Ay, que yo no puedo aguantarlo.

**(3:31)**

—Ha salido un coche volando y se lo ha llevado por delante.

Antonio intenta explicar otra vez. «Un coche volando». La imagen es casi surrealista. Un coche que vuela. Un coche que mata. Como si el vehículo mismo fuera un ente con voluntad propia, no un instrumento en manos de alguien.

**(3:34)**

—Que yo no puedo aguantarlo.

**(3:39)**

—No puedo aguantarlo.

**(3:41)**

—Yo no puedo aguantarlo, por favor.

Tres veces. La incapacidad de procesar el horror expresada como mantra. «No puedo aguantarlo», la verdad más honda. Nadie puede aguantar esto. Nadie está diseñado para aguantar que le digan que su hijo está muriendo.

Hay otro silencio. Veinte segundos. Se escuchan gemidos de María José. Respiraciones entrecortadas. Llanto. El sonido de dos personas a 630 kilómetros de distancia tratando de sobrevivir al mismo infierno.

**(4:01)**

—Mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo, mi hijo.

Seis veces.

Seis letanías desesperadas.

«Mi hijo». No «Iván». «Mi hijo». La relación biológica, el vínculo que la define, su razón de existir. Todo contenido en dos palabras repetidas hasta el delirio. Como si invocarlo pudiera traerlo de vuelta. Como si el amor maternal expresado con suficiente intensidad pudiera revertir las leyes de la física.

**(4:06)**

—No te preocupes, que están haciendo todo lo posible.

Otro silencio, esta vez de nueve segundos, durante el cual María José está procesando. Está viviendo su propia muerte mientras su hijo vive la suya.

**(4:15)**

—¿Qué?

Una palabra. Una pregunta sin objeto directo.

**(4:25)**

—Dios mío, Dios mío.

**(4:27)**

—Dios mío, mi hijo, Dios mío.

Silencio nuevamente. Casi un minuto entero. Solo respiraciones agitadas. ¿Qué piensa María José en ese silencio? ¿Qué imágenes cruzan por su mente? María José piensa en acabar en ese instante y desde esa habitación de hotel con ese sufrimiento tan extremo, que no puede procesar, y piensa en quitarse la vida. Quiere irse con su hijo.

**(5:24)**

—Hola, mira, que soy el enfermero que estaba por aquí.

Una nueva voz. Profesional. Serena. La voz de alguien que ha visto cientos de tragedias y ha aprendido a mantener la compostura. Un profesional sanitario que cree que puede ayudar.

**(5:32)**

—¿Me puede explicar a mí un poquito?

El enfermero le pide a Antonio que le explique la situación.

**(5:34)**

—¿Eh?

**(5:35)**

—¿Me puede explicar a mí un poquito la situación?

**(5:36)**

—A ver si la puedo tranquilizar de alguna manera.

La honestidad de un profesional que cree que las palabras correctas pueden ayudar. No pueden. Pero lo intenta.

**(5:38)**

—Sí, no la puede tranquilizar, soy su padre.

Antonio lo corta. Sabe que no hay palabras que puedan tranquilizar a María José. Él tampoco está tranquilo. Pero al menos puede dar información.

**(5:42)**
—Vale.
El enfermero acepta.

**(5:42)**
—Estábamos en una parada del autobús, esperando el autobús.

**(5:46)**
—Ha salido un coche volando y se lo ha llevado por delante.

**(5:51)**
—El niño está inconsciente, lo tienen aquí los del SAMUR.
**(5:54)**
—Lo han intubado y lo tienen monitorizado.

**(5:57)**
—Vale.

**(5:59)**
—Pero que está muy mal.
El enfermero no endulza nada. Es brutal en su honestidad.

**(6:02)**
—O sea, yo, francamente, y soy su padre.
Antonio vuelve a hablar. Se identifica otra vez. Establece su autoridad moral para lo que va a decir.

**(6:07)**
—Y no le puedo decir nada positivo.

**(6:10)**
—O sea, nada positivo. Si se salva, es un milagro.
«Nada positivo».
«Si se salva, es un milagro».
Un milagro.

**(6:13)**
—Vale, vale, vale.

**(6:15)**
—Así que nada.

**(6:16)**
—Dígale que voy a colgar y que le voy llamando, porque si no…
Antonio necesita colgar. Necesita estar con su hijo. Necesita dejar de traducir el horror al lenguaje telefónico.

**(6:20)**
—Vale, vale.

**(6:21)**
—Que se relaje, se tranquilice.

**(6:23)**
—Que no venga sola, que no…

**(6:25)**
—No, no, no, no. Absolutamente no. Vale, vale.
La preocupación práctica.

**(6:29)**
—Es que yo la voy informando en cuanto haya algún cambio.

**(6:32)**
—Vale, muchas gracias.

**(6:32)**
—Que me llame cuando quiera, pero que no haya ningún problema.

**(6:35)**

—Vale, vale, vale. Muchas gracias.

**(6:36)**
—Venga, venga.

Click.

La llamada se cortó.
Silencio. Solo respiraciones agitadas.
Afuera, Barcelona seguía viviendo. Coches circulaban por las calles. Gente reía en bares. El mundo continuaba girando como si nada hubiera pasado. Como si en los últimos seis minutos y treinta y seis segundos no se hubiera producido una fractura en la realidad.
La grabación había quedado almacenada en la memoria del teléfono. María José no sabía que existía. Lo descubriría días después. Y cuando la escuchara, volvería a morir. Una y otra vez.
Pero ahora solo había silencio y la certeza de que la María José que despertó esa mañana ya no existía.
En su lugar había algo nuevo. Algo roto. Algo que no sabía cómo seguir respirando pero que de alguna manera lo hacía porque el cuerpo es una máquina que continúa funcionando incluso cuando el alma se ha fragmentado.
María José no conocía todavía ese nombre: Álvaro. No sabía que tenía treinta y ocho condenas previas. No sabía que conducía a 135 km/h drogado y alcoholizado. No sabía que intentó huir.
Solo sabía que su hijo estaba muriendo.
Y que ella también.
630 kilómetros de carretera que la separaban de su hijo. 630 kilómetros que nunca podría recorrer lo suficientemente rápido.
La grabación permanecería en su teléfono durante años. Se convertiría en el documento más doloroso de su vida y también en el más importante. Porque esa grabación no solo captura el momento en que una madre pierde a su hijo. La María José que llora en esa grabación todavía no lo sabe. Pero en algún lugar de esos casi siete minutos de dolor puro, hay una semilla de furia. De

certeza de que esto no debió pasar. De que alguien es culpable.

Pero eso vendrá después. Mucho después. Ahora solo hay silencio y una madre que acaba de morir, pero sin dejar de respirar.

Con carácter general, los servicios de emergencia y los cuerpos policiales actúan bajo procedimientos que priorizan la atención inmediata, la investigación judicial y el traslado al Instituto Anatómico Forense. En ese engranaje, la comunicación con las familias a veces puede quedar atrapada entre la urgencia, la distancia y la ausencia de protocolos o procedimientos claros y universales para proteger el momento más frágil de todos: comunicar el fallecimiento de un ser querido a su familia.

En algunas comunidades como la Comunidad de Madrid, desde hace algún tiempo existe un «Procedimiento de Actuación Conjunta para la Intervención en Siniestros Viales», que detalla la comunicación de la noticia del fallecimiento en el contexto de emergencias viales en la Comunidad de Madrid. En la medida de lo posible, es preferible que los agentes se personen en el domicilio de los familiares y decir las palabras que nadie quiere escuchar. A veces la distancia entre ciudades convierte el teléfono en la única herramienta disponible. Otras veces quien llama no es un agente sino un familiar que estaba allí, que lo vio, que aún tiene la imagen tatuada en la retina y las manos temblando sobre el teléfono ajeno.

Y es que la urgencia no permite esperar. Lo que sigue es siempre lo mismo. El teléfono suena fuera de hora. El corazón se acelera antes de responder. Del otro lado, alguien dice palabras que rompen el mundo en dos. Las palabras cambian, los detalles varían, pero el patrón se repite. Como el caso de Amelia Nelly, quien recibió la noticia de la muerte de su hijo de boca de un operario de una funeraria. No hubo aviso previo. No hubo preparación. Solo un desconocido al teléfono que preguntó sin preámbulos:

—¿Es usted la madre de Allan? ¿Cuándo piensa venir a recoger el cadáver de su hijo?

«El cadáver de su hijo». Así, sin más. Sin cuidado, sin

humanidad. Sin la mínima protección emocional para quien recibe la noticia más devastadora posible. Cuando la urgencia se impone sin humanidad, el daño no termina en la pérdida: se multiplica.

O a veces un simple y frío mensaje en el contestador automático del teléfono fijo de casa:

—El 17 de abril de 2005, cuando descolgué el teléfono de mi casa, me encontré dos mensajes. El primero decía: «Hola, guapa, ya veo que no has llegado. Te llamo más tarde». Por ese «guapa» yo sabía que no era para mí, era para mi hija. El segundo decía: «Le habla la Guardia Civil de tráfico, si son los familiares de Helena Castillo Zapata llamen al siguiente número».

Cuando el padre de Helena marcó al número indicado, alguien —nunca supieron si era un guardia civil o alguien que pasaba por allí— al otro lado de la línea telefónica respondió:

—¿Es que usted no sabe que su hija hace tres horas que está muerta?

Eran las siete de la tarde. Helena murió en torno a las cuatro. No hay forma buena de dar una noticia mala, pero hay formas y formas. Y aquella fue una de las peores. Así comenzó el dolor y la locura. Una locura por dolor de Flor Zapata, mamá de Helena, que falleció por la violencia vial. Por un homicida vial con alcohol.

Es la llamada que nunca podrán olvidar. Esa llamada fatídica a la que se refieren todas las víctimas de la siniestralidad vial en general y aquellos por delitos viales en especial. Esa llamada la recibieron, ese 2016, unas mil ochocientas diez familias en España.

Esa noche le tocó a ella.

– • –

—CAPÍTULO 5—

# ONCE DÍAS

El Hospital Universitario Gregorio Marañón nunca duerme. Las ambulancias llegan a todas horas transportando a veces vidas suspendidas, esperanzas que cuelgan de hilos de suero y máquinas que respiran por quienes ya no pueden hacerlo solos.

En la madrugada, a las 0:47 horas del 10 de diciembre de 2016, otra ambulancia más atravesó las puertas de Urgencias. Dentro, un adolescente de quince años con lesiones incompatibles con la vida.

Iván había llegado intubado, inconsciente, con un Glasgow de 3 sobre 15. En la escala de coma de Glasgow, donde 15 representa consciencia plena y 3 representa la ausencia total de respuesta neurológica. No había respuesta verbal. No había respuesta motora. Los médicos del SAMUR habían hecho su trabajo con la precisión que dicta el protocolo de emergencias: intubación orotraqueal en el lugar del atropello, estabilización cervical, acceso venoso, traslado inmediato. Pero todos sabían lo que significaba un Glasgow 3 tras un traumatismo craneoencefálico severo. Cuando María José llegó al hospital, ya habían pasado casi doce horas desde el atropello.

—Ya no era Iván. Solo esperábamos el milagro —apuntó María José sobre esos momentos.

El milagro de los quince años. El milagro de la juventud. El milagro de un organismo joven que, estadísticamente, tiene más capacidad de recuperación que un adulto. Era lo único a lo que podía aferrarse una madre que acababa de ver el informe médico más devastador de su vida. Pero la esperanza maternal es más poderosa que cualquier evidencia científica.

Los médicos ya tenían los primeros resultados de las pruebas de imagen. Ya sabían exactamente qué le había hecho a Iván un impacto a 135 kilómetros por hora: «Varón de quince años que ingresa en reanimación por politraumatismo tras atropello».

Politraumatismo. La palabra médica que engloba la destrucción sistemática de múltiples sistemas corporales. Un término clínico que no transmite el horror de lo que realmente significa. La violencia queda traducida a terminología médica, como si convertir el horror en tecnicismos pudiera hacerlo más soportable.

La Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Universitario Gregorio Marañón, donde estaba Iván, era la primera planta del edificio principal. Desde el exterior, las ventanas no revelan nada. Cristales opacos, persianas a media asta, el reflejo metálico de equipos médicos que nadie ve desde la calle. Es un lugar diseñado para contener el dolor dentro de muros gruesos, lejos de la mirada del mundo.

El corredor del dolor. El corredor del silencio.

Los pasillos huelen a desinfectante industrial y a algo más: ese aroma indefinible que solo tienen los hospitales. El sonido constante de monitores cardíacos. El siseo mecánico de los ventiladores respirando por quienes no pueden hacerlo solos. Máquinas expendedoras de café aguado.

Mientras, en Barcelona, María José, tras recibir la llamada, con el pulso agitado, la asisten médicamente. Lo primero que dijo cuando logró articular palabra fue:

—Llevadme a casa de mi madre.

Porque hay noticias que solo se pueden dar de madre a madre, cara a cara, mirándose a los ojos mientras el mundo se desmorona. Alguien condujo. No recuerda quién. Solo recuerda las calles de Barcelona a esa hora de la noche, los semáforos en rojo que parecían eternos, el silencio dentro del coche roto únicamente por su respiración entrecortada. Cada segundo era una agonía. Cada minuto que pasaba, Iván estaba más lejos.

La madre de María José abrió la puerta de casa con el rostro todavía adormilado. Había vuelto del hospital hacía apenas unas horas, agotada por la espera en el quirófano. Vio los ojos de su

hija. Lo supo antes de que nadie hablara. Hay cosas que las madres entienden sin palabras. Hay silencios que contienen verdades demasiado terribles para ser pronunciadas. Se abrazaron.

—Iván. Mi niño —fue lo único que María José logró decir.

Y la abuela también se rompió.

María José miró el reloj. Las doce y cuarto de la madrugada. Buscó en su teléfono el siguiente tren disponible. El primero. El más rápido. El que fuera. Quedaba uno a las 6:00 de la mañana. Cinco horas y cuarenta y cinco minutos de espera. Una eternidad. Pero era el primero. El único.

Su tía quiso acompañarla:

—Voy contigo —dijo con voz firme.

Pero cuando entraron en la web de Renfe solo quedaba un asiento disponible. Uno. María José miró la pantalla del ordenador. Un solo asiento en el tren que la llevaría hasta su hijo.

Hasta un vecino se ofreció a llevarla en coche.

—Salimos ahora mismo —dijo.

María José, aunque agradecida, rechazó la oferta con un gesto. El tren era más rápido. El tren era seguro. El tren la llevaría directa, sin desviaciones, sin imprevistos.

Las cinco de la madrugada. Hora de salir hacia la estación. Barcelona dormía bajo un cielo negro sin estrellas. Las calles estaban vacías. Solo algunos taxis y camiones de reparto rompían el silencio de la ciudad. María José caminó por la estación de Sants como un fantasma. Gente madrugadora esperaba en los andenes con maletas y cafés. Viajeros normales con vidas normales. Nadie sabía que esa mujer de ojos aguados acababa de recibir la peor llamada de su vida tan solo unas horas antes.

Subió al tren cuando abrieron las puertas. Se sentó junto a la ventana. La gente acomodaba sus maletas en los compartimentos superiores. Una mujer leía una revista. Un hombre contestaba correos en su portátil. Dos adolescentes dormían con auriculares puestos. Vidas que seguían funcionando mientras la de María José se había detenido en una marquesina de Madrid.

El tren arrancó. Barcelona quedó atrás.

Los efectos de la medicación empezaron a hacer efecto. María José sentía la cabeza pesada, el cuerpo como si estuviera hecho de plomo. Quería pensar, pero los pensamientos se deslizaban sin forma. Estaba mareada. El paisaje al otro lado de la ventana se desdibujaba: campos oscuros, pueblos dormidos, luces lejanas que parpadeaban y desaparecían. No recuerda el viaje. No recuerda si comió algo, si alguien le habló, si cerró los ojos alguna vez. La medicación había levantado un muro entre ella y la realidad. Un muro necesario. Porque si sentía todo lo que tenía que sentir en ese momento, no sobreviviría a ese viaje.

El tren avanzaba. Lleida. Zaragoza. Guadalajara. Nombres en estaciones que aparecían y desaparecían. Kilómetros que se acortaban. Madrid cada vez más cerca. Iván cada vez más cerca.

María José pensó en tirarse del tren. No recuerda en qué momento exacto. Solo recuerda que la idea cruzó su mente como un relámpago. Acabar con todo. No llegar. No ver lo que tenía que ver. Pero ni siquiera tenía fuerzas para eso. Ni siquiera para acabar con su vida.

El tren frenó. Atocha. 10 de diciembre, 9:15 de la mañana.

María José bajó del vagón como pudo. La estación estaba llena de gente: viajeros, turistas, familias. Ruido. Vida. Movimiento. Ella atravesó la multitud sin verla. Salió a la calle. El aire frío de diciembre le golpeó la cara. Levantó la mano. Un taxi se detuvo.

—Al Hospital Gregorio Marañón —dijo con voz automática.

El taxista asintió. No hizo preguntas. Arrancó. Madrid desfiló por la ventana: edificios, semáforos, gente en las aceras. La ciudad seguía funcionando como si nada hubiera pasado. Ajenos a la crueldad de la realidad a la que se enfrentaría una madre.

El taxi se detuvo frente a la puerta del hospital, María José pagó —no recuerda cuánto—, bajó, cerró la puerta. Había familia esperándola. Rostros conocidos. Amigos de Iván. Ojos rojos que la miraban sin saber qué decir. Los abrazos fueron rápidos, torpes, insuficientes. Nadie encontraba las palabras.

Una vez dentro, se quitó el abrigo y, tras este gesto, se dividió automáticamente en dos personas irreconciliables: la médica y la madre. Llevaba décadas ejerciendo. Sabía leer informes médicos.

Sabía interpretar escalas de coma. Sabía qué significaba «lesiones incompatibles con la vida». La otra era la madre. Y las madres no entienden de pronósticos. Las madres no saben rendirse.

Era su niño de quince años.

—Mi mente, mi cabeza no era capaz de asimilar todo lo que mi hijo tenía. Yo en ese momento no era médico, era una madre desesperada, que quería tener el cuerpo, aunque fuera allí, medio inerte, de mi hijo, aunque fuera una vida artificial, lleno de tubos, como dice la gente, de respiradores.

María José pudo pasar a darle la mano a su hijo, que se encontraba en coma. Iván, desde el punto de vista cerebral, no estaba vivo. Pero su corazón seguía latiendo. Los médicos de la UCI del Gregorio Marañón trataron a Iván con el máximo nivel de cuidados intensivos disponible.

Así recuerda María José esos momentos:

—Me pusieron medicación para bajar mi nivel de conciencia, para sedarme y para que no fuera consciente del gran dolor que los sanitarios del hospital sabían que estaba sintiendo. Y yo, de hecho, yo pedí, no soporto esto, no lo soporto, por favor, hacedme algo. Me sedaron para que no fuera tan consciente de lo que pasaba, pero lo era. Vaya que si lo era. No sé cómo, no sé cómo. Mi hijo no ha tenido una muerte digna. Y, no sé, sentía como la necesidad de acompañarle en ese viaje.

Entre tanto, la maquinaria judicial se ponía en marcha con la precisión burocrática que caracteriza al sistema español. Tras el atropello, ya se habían personado como acusación particular contra aquel criminal vial.

A diez kilómetros de distancia, en el colegio San Viator, se libraba otra batalla silenciosa. Los corazones del profesorado, del personal no docente, de los alumnos que habían compartido tantos años con Iván, se habían desgarrado de forma simultánea, como si un mismo golpe hubiera atravesado todos los cuerpos a la vez.

Diego Millán había sido profesor de Iván durante muchos años. Desde que era un niño en primaria hasta que se convirtió en el adolescente brillante de 4.º de ESO. Había visto crecer a Iván.

Había sido testigo de su sonrisa eterna, de su bondad natural, de su luz interior. Lo visitó casi a diario.

Todos formaban un círculo en el patio o en el salón de actos, según el clima de ese día de diciembre.

Unían sus manos.

El gesto era simple, pero contenía todo lo que las palabras no podían expresar. Manos de niños de seis años entrelazadas con manos de profesores de sesenta. Manos temblorosas. Manos que apretaban con fuerza, como si al hacerlo pudieran enviar esa energía a través de los diez kilómetros que separaban el colegio del hospital. Laura, una alumna más pequeña que Iván, recuerda aquellas mañanas con una claridad que el tiempo no ha difuminado. La parálisis colectiva cuando se supo lo que había pasado. El silencio pesado que recorría los pasillos. La sensación compartida de que algo fundamental se había roto en el orden natural de las cosas.

Pedían que Iván se salvara.

No era una oración formal, no era un acto litúrgico organizado por la dirección del centro. Era algo espontáneo, necesario, inevitable.

—Días de angustia y de dolor que inundaron todo nuestro centro —comentó Diego Millán.

La profesora Esperanza también contaba:

—Se desgarraron los corazones…, nuestra mirada hacia el alumnado cambió.

Ver a Iván así cambió algo fundamental en todos los que lo conocieron. De repente, la fragilidad de la vida dejó de ser una abstracción. Era real. Era inmediata. Era un adolescente de quince años con el cerebro sin señal y el corazón aún latiendo. Comenzaron a hacer cartas. Dibujos con ceras de colores. Flores de papel construidas con torpeza infantil pero con dedicación absoluta. Mensajes cortos escritos con letras grandes e irregulares: «Vuelve pronto, Iván»; «Te queremos»; «Eres el mejor». Aquel adolescente colaborador, participativo, solidario, que se emocionaba con todo lo que se le proponía. Que irradiaba cariño. Que tenía esa capacidad extraña de hacer que quienes lo

rodeaban se sintieran mejores versiones de sí mismos.

La pregunta que nadie podía responder: ¿por qué?

No había respuesta.

En esos días de diciembre de 2016, en la UCI del Gregorio Marañón, no se podría convertir la tragedia en algo con propósito. No había propósito. Solo había espera.

Quique era uno de esos amigos que la vida te pone en el camino. Sin estar en la misma clase, sin compartir siquiera la misma actividad deportiva, a ambos los unía la pasión por el Atleti, las matemáticas y la naturaleza. Eran de esos amigos con los que se comparten risas y confidencias. Fue a visitarlo en esos días. Había rezado por él, pero ver a Iván así lo rompió por dentro.

Algo en Quique se quebró.

Su fe se fue.

Porque si Dios existía y dejaba que esto le pasara a Iván —a Iván, que era pura bondad—, desde entonces Quique no quiso saber nada de ese Dios.

¿Cómo podía Dios permitir algo así?

Todo seguía sin respuestas. Seguía el silencio.

Los monitores seguían funcionando. El ventilador seguía respirando. El corazón de Iván seguía latiendo. Pero su cerebro estaba cada vez más silencioso. Los neurólogos discutían opciones. Se habló de un *stent* —un pequeño tubo de malla metálica que se coloca dentro de un conducto hueco del cuerpo, como una arteria, para mantenerlo abierto y permitir el flujo sanguíneo— especializado que había que traer desde Israel, un dispositivo que costaba setenta y cinco mil euros. El hospital no dudó. Se hicieron las gestiones. El dinero no importaba cuando había una vida en juego, aunque esa vida pendiera de un hilo tan fino que amenazaba con romperse en cualquier instante. Pero incluso con el *stent*, incluso con todas las intervenciones quirúrgicas que se realizaron —la fijación de las fracturas de miembros inferiores—, el cerebro de Iván no respondía y su pierna derecha tampoco.

Los días iban pasando. Los días en la UCI no se miden en horas.

El silencio del cuerpo de Iván se hacía más profundo. No había respuesta a estímulos. Las pruebas lo confirmaban una y otra vez. No había actividad en el electroencefalograma. El 14 de diciembre, los médicos refirieron un pronóstico malo, tanto desde el punto de vista vital como de secuelas neurológicas.

Cinco días después del atropello, los médicos ya sabían que Iván no iba a sobrevivir. María José también lo sabía. Pero saberlo y aceptarlo son dos cosas completamente diferentes.

Al sexto día, los médicos pidieron una reunión con los padres de Iván. Estas reuniones son procedimiento estándar en las UCI cuando un paciente lleva días sin mejoría y el pronóstico es sombrío. Hay que hablar sobre opciones. Hay que hablar sobre limitación del esfuerzo terapéutico. Hay que hablar sobre donación de órganos. Casualmente, tres meses antes del atropello, Iván había hablado con su madre sobre donación de órganos. Había habido una charla en el instituto. Y, después, Iván le había dicho a su madre que, si le pasara algo, quería que sus órganos sirvieran para algo. Que ayudaran a alguien. María José había respondido con las palabras que todos los padres usan cuando sus hijos adolescentes hablan de la muerte como si fuera una abstracción lejana:

—No digas tonterías. No te va a pasar nada.

Y ahora esas palabras —«yo quiero ser donante»— adquirían un peso insoportable.

Pero todavía no.

Aún no.

El corazón de Iván seguía latiendo.

Pasada una semana completa desde el atropello, ciento sesenta y ocho horas de vigilia, ciento sesenta y ocho horas de esperar un milagro, María José se sentó junto a la cama de Iván y le habló. Le habló durante horas. Le contó historias. Le contaba que su yayo se había recuperado bien de la operación. Le contaba que sus amigos preguntaban por él. Le contaba que todo el colegio rezaba. Le contaba que no se rindiera, que luchara, que ella estaría ahí siempre, que lo amaba más que a nada en el mundo.

Y le hizo una promesa.

Le prometió que iba a luchar para que a nadie le pasara lo que a ellos les había pasado.

No sabía exactamente qué significaba esa promesa en ese momento. No sabía que se convertiría en una batalla de años contra el sistema judicial. No sabía que recogería cientos de miles de firmas. No sabía que se enfrentaría al Código Penal español exigiendo justicia.

En ese momento, solo sabía que su hijo no podía morir en vano. Que su muerte tenía que significar algo. Que alguien tenía que luchar para que ningún otro adolescente de quince años terminara en una cama de la UCI por culpa de un conductor reincidente, drogado y alcoholizado:

—Le prometí que iba a luchar para que a nadie le pasara lo que nos han hecho. Yo, poniendo su mano con la mía, le prometí que iba a luchar para que a nadie le pasara lo que nos han hecho —refirió María José (*ver página C*).

El expediente médico final del Hospital Universitario Gregorio Marañón contiene numerosas páginas de documentación. Informes de ingreso. Notas de evolución diaria. Resultados de pruebas de imagen. Análisis de laboratorio. Informes de consultas con neurocirugía, con traumatología, con medicina intensiva. Consentimientos informados. Protocolos de donación de órganos.

Doscientas páginas que documentan once días de agonía que culminaron en: «Éxitus a las 17:00 horas». «Éxitus», la palabra latina que los médicos usan para no decir «muerte».

Pero no importa qué palabra uses. El resultado es el mismo:

—Hora de fallecimiento: 20 de diciembre de 2016, a las 17:00 horas.

Iván Plaza Jiménez, nacido el 28 de mayo de 2001, murió el 20 de diciembre de 2016 a las 17:00 horas como consecuencia de las lesiones causadas por un atropello perpetrado por Álvaro, quien conducía bajo los efectos de alcohol y drogas, a una velocidad excesiva con un vehículo robado.

Once días después del atropello.

Quince años, seis meses y veintidós días de vida.

Esos son los hechos. Los hechos que no dicen nada sobre el dolor de unos padres de una familia entera, de amigos. Sobre las noches sin dormir. Los hechos no capturan el silencio que llenó la casa cuando regresaron a un hogar donde ya no estaba.

No estaba.

Los hechos no explican cómo se supone que unos padres deben continuar viviendo después de perder a su único hijo.

Pero los hechos están ahí. Documentados. Archivados. Preservados para siempre en expedientes médicos y judiciales. Y esos hechos y las consecuencias de los mismos vuelven a demostrar algo fundamental: Iván no murió en un accidente de tráfico, sin más.

Sin embargo, ese 20 de diciembre, con la partida de Iván, nace otra persona que decide desde entonces ser la mamá de Iván. Ese sería su nombre desde entonces. No María José, la mujer que había superado un cáncer para tener un hijo. No María José, la persona que había existido antes del 9 de diciembre de 2016.

Solo «la mamá de Iván». Solo y todo.

La mamá del chico que murió porque un criminal con treinta y ocho condenas previas decidió conducir a 135 kilómetros por hora, drogado, alcoholizado, en un coche robado, por el centro de Madrid.

La mamá del chico cuya vida valió cuatro años de cárcel.

La mamá del chico que se convirtió en una estadística más de violencia vial.

Pero también la mamá del chico que salvó vidas con sus órganos. Que dejó huella. Que dio luz en la oscuridad. Que permanece vivo en el recuerdo de todos los que tuvieron la suerte de coincidir con él en esta vida.

Once días.

Doscientas sesenta y cuatro horas.

Quince mil ochocientos cuarenta minutos.

Novecientos cincuenta mil cuatrocientos segundos.

Ese fue el tiempo que María José tuvo para despedirse de su hijo.

No fue suficiente.

Solo esperaban ese milagro de la juventud. El milagro que nunca llegó.

Iván, rodeado de numerosas muestras de cariño, partió.

– • –

# SEGUNDA PARTE

—CAPÍTULO 6—

# DETENIDO

Las luces azules de las patrullas tiñen el asfalto del paseo del Prado con un resplandor fantasmal que rebota contra las fachadas de los edificios. El silencio solo se rompe con el crujido de las radios policiales y el murmullo de los curiosos que empiezan a congregarse detrás del cordón de seguridad.

Un hombre está sentado en el bordillo. Tiene treinta y ocho años, las pupilas muy dilatadas y desprende olor a alcohol en el aliento, con el habla repetitiva y sin poder precisar lo que había ocurrido y preguntando si había hecho daño a alguien.

La pregunta queda flotando en el aire nocturno, absurda, obscena. A veinte metros de distancia, los sanitarios del SAMUR trabajan arrodillados junto al cuerpo de un adolescente que lucha sobre el asfalto.

Los agentes de la Policía Municipal intercambian miradas. Llevan décadas en el cuerpo. Han visto otros siniestros, colisiones, atropellos. Han visto conductores borrachos llorando, gritando, hundiéndose en el pánico cuando comprenden la magnitud de lo que han hecho.

Este no llora. Este no grita. Este parece sorprendido, como si alguien le acabara de contar una anécdota curiosa que no termina de entender.

Durante esa fatídica llamada, María José había suplicado entre gemidos que llevaran a Iván al Hospital 12 de Octubre, pero quien terminó allí fue Álvaro. En el Hospital 12 de Octubre, los médicos de Urgencias evalúan a Álvaro bajo la mirada constante de un agente de la Policía Municipal. Tiene contusiones, hematomas, el impacto contra el volante le ha dejado marcas en el pecho. Nada grave. Nada que no cure en una semana. El

SAMUR ya lo había trasladado desde el lugar de los hechos. Las lesiones sufridas requieren evaluación médica antes de practicar las pruebas de alcoholemia y drogas. Durante todo el trayecto y en el hospital, un agente permanece junto a él. La custodia es permanente.

Pero mientras le realizan las pruebas diagnósticas, Álvaro intenta escapar de nuevo. No es la primera vez que huye. Ya lo intentó en la marquesina, sentado en el bordillo, cuando preguntó si había hecho daño a alguien. Este segundo intento de fuga será clave. El traumatólogo que lo examina lo dejará por escrito en el informe médico: la voluntad de escapar acredita de alguna manera la plena conciencia de los hechos. Sabe lo que ha hecho. Sabe las consecuencias. Por eso huye.

Cuando termina la evaluación, los médicos firman el alta. Lesiones leves, no requiere ingreso. Entregan el paciente de vuelta a la Policía Municipal.

En un despacho improvisado del hospital, el agente le lee sus derechos con las debidas garantías procesales y prepara el etilómetro. Es un Alcotest 7110 MKIII E, calibrado, certificado, oficialmente autorizado. El protocolo es riguroso: dos mediciones separadas por un intervalo de veinte minutos.

Primera medición, 4:35 horas: 0,49 miligramos por litro de aire espirado.

Segunda medición, 4:55 horas: 0,55 miligramos por litro.

Son las cifras actuales, cinco horas después del atropello.

Los forenses harán después los cálculos hacia atrás, reconstruyendo la curva de eliminación del alcohol en el organismo. La conclusión será demoledora: en el momento de los hechos, Álvaro tenía 1,91 gramos de alcohol por litro de sangre. Casi cuatro veces la tasa legal permitida.

Pero el alcohol no viaja solo.

El test de saliva es un proceso más sencillo: un hisopo en la mejilla interna, una tira reactiva, un cambio de color. A las 7:20 h, el agente de la Policía Municipal observa cómo la tira vira del blanco al azul intenso.

Positivo en cocaína.

La muestra se sella para garantizar la cadena de custodia, se rotula, se identifica con un código de barras. Irá al laboratorio oficial para el análisis completo.

Durante el desarrollo de las pruebas, los agentes son testigos de evidencias esperables tras una ingesta de alcohol, drogas y estupefacientes y/o psicotrópicos. Observan halitosis alcohólica, palidez en el rostro, dificultades en el habla, algo tembloroso y ojos rojos.

Los resultados confirmarán después: 400 nanogramos por mililitro de saliva, más 400 nanogramos por mililitros de saliva de Alprazolam, una benzodiacepina que potencia los efectos depresores del alcohol. La receta exacta para convertir un coche en un arma.

Con las debidas autorizaciones y garantías procesales, se solicita también un análisis químico al Laboratorio Forense del Instituto Nacional de Toxicología con el objetivo de verificar la presencia de alcohol y drogas de las muestras de sangre recogidas al ingresar el homicida vial en el Hospital 12 de Octubre a las 00:37 horas. De tales muestras se determina que presentaba 1,76 gramos de alcohol por litro de sangre y presencia de cocaína en el organismo.

A las siete y media de la mañana del 10 de diciembre, Álvaro es trasladado a los calabozos del Juzgado de Instrucción número 41 de Madrid. Va esposado en el asiento trasero del furgón policial, flanqueado por dos agentes. No pregunta por el chico al que atropelló. No pregunta si está vivo o muerto. No pregunta nada.

Los calabozos judiciales huelen a lejía y sudor rancio. El protocolo es siempre el mismo: registro de efectos personales, retirada de cinturón y cordones de zapatos, toma de huellas, fotografías de frente y de perfil. Lectura de derechos. Llamada a un familiar si el detenido lo solicita.

Mientras Álvaro permanece en el calabozo, un funcionario del juzgado introduce su nombre en la base de datos del Registro Central de Penados. La impresora comienza a escupir páginas. Y sigue escupiendo. Y sigue. Treinta y cuatro folios. Treinta y ocho condenas firmes entre el año 2000 y el 9 de diciembre de 2016.

El Ford Focus blanco había desaparecido del concesionario oficial

de Ford en Alcalá de Henares en algún momento entre el 9 de octubre y el 9 de diciembre de 2016. Dos meses durante los cuales nadie notó su ausencia. Estaba en la tercera planta de la nave industrial, entre docenas de vehículos nuevos que esperaban ser entregados a sus compradores. Un empleado lo había visto allí el 9 de octubre. El siguiente inventario estaba programado para enero. Nadie supo que había sido robado hasta que la compañía de seguros llamó el 13 de diciembre —cuatro días después del atropello— preguntando por un vehículo de su propiedad que había intervenido en un siniestro mortal.

El encargado subió a la tercera planta. El espacio donde debería estar el Ford Focus estaba vacío.

Cuando la Policía Municipal inspeccionó los restos del vehículo tras el atropello, encontraron la llave de arranque entre el asiento delantero derecho y la puerta, debajo de los cristales rotos. Las puertas delanteras estaban bloqueadas por los impactos. La cerradura del conductor había quedado destrozada y la chapa se había girado ciento ochenta grados. Era imposible determinar con certeza si el ladrón había roto el cajetín o forzado la cerradura, porque el impacto había destruido ambas evidencias.

No quedó claro si el robo fue obra de Álvaro. No había pruebas que lo vincularan directamente con la sustracción del vehículo. Habían pasado dos meses entre la última comprobación y la noche del atropello. No había grabaciones, ni testigos, ni huellas.

Pero eso era irrelevante para lo que ocurrió después. Fuera o no de su propiedad, lo que quedó patente es que fue su arma —letal.

A media mañana del 10 de diciembre, bajaron a los calabozos para la declaración judicial. Lo escoltan hasta un despacho donde espera su abogada de oficio: Irene. Hablan en privado durante quince minutos. Cuando terminan, entran en el despacho del juez Peinado. Tiene el expediente abierto sobre la mesa: el atestado policial, los informes médicos, las fotografías del lugar de los hechos y el historial de antecedentes.

Es informado de sus derechos: tiene derecho a guardar silencio, derecho a no declarar contra sí mismo, derecho a la asistencia letrada. Álvaro manifestó que conocía los derechos que le asisten

y los hechos que se le imputan declarando además que solo contestará a las preguntas que formule su letrada.

Irene pregunta y Álvaro responde con frases breves, medidas:

—Ese día fui a casa de mi madre para coger dinero para pagar la habitación donde vivía, pero con el dinero me fui a la Cañada Real a fin de comprar droga, me drogué y me tomé la medicación mandada por mi psiquiatra, pues estaba en tratamiento. Tomaba habitualmente cocaína y alcohol. No pensé que iba a hacer esto, que iba a pasar esto. No sé cómo llegó el vehículo a mis manos, no sé de dónde salió, no recuerdo nada de lo que ocurrió.

El juez escucha, observa su tono de voz, su postura. La declaración termina. El investigado firma el acta y regresa al calabozo.

No ha preguntado por Iván.

A las cinco y media de la tarde del mismo 10 de diciembre, se celebra la audiencia para decidir si el detenido —Álvaro— queda en libertad o ingresa en prisión provisional. La sala es pequeña, funcional, sin ninguna concesión a la solemnidad. El juez Peinado preside desde su estrado. A su izquierda, el Ministerio Fiscal. A su derecha, la letrada defensora. En el centro, custodiado por dos agentes, Álvaro.

El juez concede la palabra al Ministerio Fiscal: la fiscal solicita la prisión provisional comunicada y sin fianza, pues se trataba de un delito de imprudencia grave con una persona en estado muy grave, los antecedentes penales del detenido y el resultado positivo de alcoholemia y drogas en las analíticas practicadas.

Es el turno de palabra de la defensa: la letrada se opone a la medida. La considera excesiva. El investigado es español con domicilio perfectamente localizable, tiene una hija de seis años que depende de él, no existe peligro de que vaya a cometer otro delito. Solicita, por tanto, la libertad provisional.

El juez da por terminada la audiencia a las 18:00 horas dictándose la resolución en las próximas horas.

Y, en efecto, esa misma tarde, se dicta el auto de prisión provisional. Un auto con una arquitectura jurídica impecable. El juez analiza la conducta del investigado con precisión forense,

refiriendo una conducción temeraria con un claro desprecio hacia la vida de las personas que transitaban la zona; considera la conducta del investigado como una fuente de peligro, omitiendo la más elemental diligencia de previsibilidad o prevenibilidad para evitar un posible desvalor de resultado.

Claro desprecio hacia la vida de las personas.

El auto también enumera los numerosos antecedentes y concluye con una frase demoledora: el histórico penal impide descartar la reiteración delictiva.

Es por ello por lo que, finalmente, se decreta la prisión provisional comunicada y sin fianza de Álvaro. A las seis y media de la tarde del 10 de diciembre, diecinueve horas después del crimen vial, Álvaro es trasladado al centro penitenciario. Va esposado en el asiento trasero del furgón, mirando por la ventanilla las luces de Madrid al anochecer.

El 16 de diciembre, seis días después del atropello, el Juzgado de Instrucción número 41 de Madrid dicta providencia de inhibición. Es un trámite administrativo habitual en el procedimiento judicial español: cuando un juzgado de guardia inicia las primeras diligencias de un caso, debe remitirlo posteriormente al juzgado que corresponda por turno de reparto. El juez Peinado firma la orden de remisión del expediente. El caso pasa al Juzgado de Instrucción número 8 de Madrid. La jueza María del Rosario Sánchez asume ahora la instrucción.

El expediente que llega a su mesa incluye ya el atestado policial completo, las pruebas de alcoholemia y drogas, el informe del hospital sobre el estado Iván, el auto de prisión provisional y el historial de antecedentes penales del investigado. La jueza Sánchez lee el expediente con la atención de quien sabe que cada detalle importa. Lee las declaraciones de los testigos presenciales. Lee los informes técnicos sobre la velocidad del vehículo. Lee el análisis forense sobre el estado de intoxicación del conductor. Lee el historial criminal tan extenso. Y lee el parte médico más reciente de Iván: sigue en coma. Las lesiones son devastadoras. Los médicos luchan por mantenerlo con vida.

Sobre su escritorio está quizá todo lo necesario para entender

que esto no fue un simple siniestro de tráfico, otro mal llamado accidente de tráfico —solo en 2016 se registraron 12.387 siniestros de tráfico en Madrid capital.

Mientras, en el Hospital Gregorio Marañón, los padres de Iván se mantienen en una incansable vigilia. Aferrados a la esperanza de ese milagro. El caso ha cambiado de manos, pero la tragedia sigue su curso inexorable.

En los días siguientes, la rutina judicial sigue su marcha burocrática. Se practican nuevas diligencias. Se solicitan informes complementarios. Se notifica a las partes cada actuación procesal.

Álvaro permanece en prisión provisional. La letrada defensora presenta recursos que son sistemáticamente desestimados. La Audiencia Provincial de Madrid confirma el auto de prisión en todos sus términos. No hay duda: el riesgo de fuga y de reiteración delictiva son evidentes.

Los informes médicos del Hospital Gregorio Marañón llegan al juzgado con regularidad. Cada uno documenta y patenta la evolución o el deterioro progresivo del estado de Iván.

El expediente crece. Las páginas se acumulan. Los sellos judiciales marcan cada documento con la precisión administrativa que contrasta obscenamente con el drama humano que documentan.

Y en algún momento de esos días, alguien en el juzgado de instrucción anota en el expediente una observación que cambiará la calificación jurídica del caso: si Iván fallece, esto dejará de ser un delito de lesiones por imprudencia grave para convertirse en un homicidio por imprudencia grave.

Había una diferencia sustancial. La pena máxima por lesiones imprudentes era de tres años. La pena máxima por homicidio imprudente —entonces— era de cuatro años.

Un año más de prisión por acabar con la vida de alguien.

Es la aritmética del código penal español. La ecuación que convierte vidas humanas en años de cárcel. Pero eso María José lo aprenderá después. Cuando el dolor se convierta en rabia. Cuando la rabia se convierta en lucha. Cuando la lucha se

convierta en una cruzada por cambiar las leyes de un país entero.

Por ahora, en diciembre de 2016, el caso sigue su curso. El sistema judicial hace lo que sabe hacer: tramitar, archivar, notificar.

Y en una celda del centro penitenciario, Álvaro espera. Sin preguntar por su víctima. Sin mostrar remordimiento. Sin comprender —o sin querer comprender— que ha destruido no solo una vida, sino el universo entero de una familia.

Simplemente espera.

Como ha esperado antes, después de cada una de sus treinta y ocho condenas anteriores.

Esperando a que el sistema lo procese, lo condene, lo libere.

¿Y vuelva a empezar?

– • –

—CAPÍTULO 7—

# LA CARTA

Han pasado cinco meses. Es mayo de 2017. El sol primaveral ilumina Madrid con esa luz peculiar que promete renacimiento y esperanza. Pero los padres de Iván, en algún lugar de Madrid, intentan sobrevivir día a día a la ausencia de Iván, la primavera es solo un recordatorio más del tiempo que pasan sin él.

Cinco meses de noches insomnes, de mirar su habitación vacía, de sentir su ausencia en cada rincón de la casa. María José acude dos veces por semana a terapia de duelo, donde comparte su dolor con otros padres que han perdido a sus hijos. Es el único lugar donde no tiene que fingir estar mejor, donde puede llorar sin que le digan que «ya ha pasado tiempo suficiente». Sin escuchar ese típico comentario de la gente: «¿Todavía estás así?».

Pero un día, un sobre llegó de manos de una desconocida.

María José había acudido al juzgado para recoger documentación del caso. Era uno de esos días de trámites interminables que componen la burocracia judicial española: firmas, sellos, copias compulsadas de documentos que ya nadie leerá con atención pero que alguien archivará en algún sótano donde el papel amarillea y las causas se amontonan en el olvido. Los pasillos del juzgado olían a café barato de máquina expendedora y a ese olor indefinible de los edificios públicos donde transitan cada día centenares de personas con sus tragedias a cuestas.

Bajo la luz fría de los fluorescentes que iluminan todos los juzgados de España, la abogada de Álvaro apareció. No hubo presentaciones formales. No hacían falta. María José reconoció de inmediato el tipo de incomodidad que emanaba de aquella mujer:

la incomodidad de quien debe ejecutar un encargo que preferiría no ejecutar, de quien sabe que está a punto de causar más dolor a alguien que ya no tiene espacio para más dolor.

La abogada rebuscó entre sus cosas con gestos mecánicos y extrajo un sobre blanco. Tamaño estándar. Sin remite oficial, sin sello del centro penitenciario en el exterior.

Su cliente le había pedido que lo entregara personalmente.

El sobre cambió de manos en silencio. La abogada mantuvo la mirada baja, incómoda, y se marchó sin pronunciar más palabras.

Habían transcurrido exactamente ciento noventa y ocho días con sus noches, desde que los padres de Iván cubrieron el féretro de su único hijo con una camiseta del Atleti. Cinco meses solo desde que Iván marchó.

Cogió el sobre con ambas manos. Lo sostuvo durante varios minutos sin hacer nada más, como si el acto de abrirlo requiriera una preparación mental que excedía sus fuerzas disponibles. Pero necesitaba saber. Necesitaba entender qué hay dentro de la cabeza del hombre que mató a su hijo, y finalmente lo abrió.

Rasgó el sobre y extrajo dos páginas dobladas. Papel común. Las desplegó sobre la mesa. Dos folios manuscritos en bolígrafo azul. La letra era grande, infantil casi, con cierta inclinación hacia la derecha que delataba la tensión del que escribía. No hay palabras tachadas. Tampoco correcciones visibles. La letra era clara. Casi pulcra. Quizá escrita desde la calma de una celda o bien escrita por alguien al dictado de Álvaro.

Comenzó a leer:

> A este Juzgado me dirijo con todos mis respetos para poderles presentar mi total arrepentimiento por el catastrófico error que cometí el día 9 de Diciembre del 2016, donde mi grave imprudencia hizo que se generase una gran alarma social y hubiese personas heridas, quiero decirles de todo corazón que siento en mi una desmesurada vergüenza ajena ya que sin achacar mis antecedentes y adicciones a sustancias estupefacientes mi vida dio un giro de ciento ochenta grados, hasta entonces no he llegado a comprender que tenía un grave problema con la cocaína, no quiero que esta adicción me sirva de justificante pero si quiero que sepan ustedes que por mi parte estoy luchando para poner una solución a esta

maldita adicción para no volver a representar nunca más una amenaza para la sociedad. Llevo sufriendo un continuo agobio por no saber sobre la salud y la situación de Ivan Plaza Jimenez ya que en mi corazón anidan sentimientos y emociones y al igual que este chico sufrió las consecuencias de mi mala cabeza también podía haber sido algun familiar mío el que se hubiera visto en la misma situación que el. Quiero desde aquí pedir un sincero perdón y desearle su pronta mejora. Al día de hoy cada vez que leo o veo en la prensa o televisión delitos semejantes al cometido por mi, tengo una sensación de culpabilidad hacia las víctimas de esos delitos lo cual me generan un estado emocional agónico; que mis palabras no sirvan de justificación alguna por el error que cometí ya que solo yo soy culpable de mis actos. Nuevamente pido perdón sabiendo que estas letras no son suficientes para resarcir el daño causado.

Álvaro

Leyó la carta completa, de principio a fin, sin detenerse.

Luego volvió al principio y la leyó de nuevo, más despacio esta vez, prestando atención a cada palabra como un experto en documentos antiguos que busca falsificaciones en los trazos de la tinta.

Una tercera lectura siguió a la segunda. Ahora María José se detuvo en varias frases. Cada palabra era como una mina antipersona:

«A este juzgado me dirijo, con todos mis respetos, para poderles presentar mi total arrepentimiento por el catastrófico error que cometí el día 9 de diciembre del 2016».

María José lee y relee esa primera frase. «Error». La palabra se clava como una daga. Conducir a 135 kilómetros por hora, drogado con cocaína, alcoholizado con 1,76 gramos por litro de sangre, con alprazolam en el organismo, en un coche robado… ¿Error?

En la carta se podría apreciar una minimización del crimen. «Grave imprudencia», «error». No había sido un accidente. Un accidente implica ausencia de responsabilidad, de control, de decisión. Lo que ocurrió la noche del 9 de diciembre de 2016 no fue un accidente sino la consecuencia directa, previsible e inevitable de una cadena de decisiones criminales. Álvaro eligió

consumir cocaína. Eligió beber alcohol. Eligió ponerse al volante de un vehículo robado. Eligió circular por el centro de Madrid a casi tres veces el límite legal. Llamarlo «error» era un acto de negación, era rechazar la responsabilidad criminal trasladándola a una entidad abstracta llamada «circunstancias» o «azar» o «mala suerte». Era convertir al perpetrador en víctima de fuerzas que escapaban a su control. ¿Álvaro tuvo control sobre cada una de sus decisiones hasta el momento del impacto? Pudo decidir no consumir cocaína. Pudo decidir no beber. Pudo decidir no conducir. Pudo decidir respetar los límites de velocidad. Pudo decidir detenerse en cualquier momento antes de arrollar a Iván.

Continúa:

«Llevo sufriendo un continuo agobio por no saber sobre la salud y la situación de Iván».

La madre se detiene. Álvaro lleva desde el 10 de diciembre de 2016 en prisión provisional. Fue procesado por homicidio imprudente. Sabe perfectamente que Iván murió. Lo sabe porque su abogada defensora estuvo presente en todas las sesiones del proceso judicial. Lo sabe.

«Quiero desde aquí pedir un sincero perdón y desearle su pronta mejoría».

«Pronta mejoría». Las palabras flotan en el aire como una burla cruel. Iván llevaba cinco meses fallecido cuando Álvaro escribió esas líneas. No hay mejoría posible para un chico cuyos órganos fueron donados, cuyo cuerpo yace en el cementerio de Carabanchel.

«Que mis palabras no sirvan de justificación alguna, ya que solo yo soy culpable de mis actos».

Por primera vez en la carta aparece la palabra «culpable», pero inmediatamente queda diluida en la retórica vacía del arrepentimiento performativo.

«Nuevamente pido perdón sabiendo que estas letras no son suficientes para resarcir el daño causado».

Pero la frase que más rechina es: «Pronta recuperación».

Iván descansaba en el cementerio de Carabanchel desde el 20 de diciembre de 2016. Los padres de Iván habían escuchado el sonido

insoportable de la tierra cayendo sobre el ataúd. Habían sentido el vacío absoluto, el agujero negro que se abre en el centro del pecho cuando regresas a casa después de enterrar a tu único hijo y descubres que la vida continúa para todos menos para ti.

Y este hombre, este hombre escribía desde la prisión deseando «pronta recuperación» a un adolescente lleno de vida y de luz que ya no estaba —al menos físicamente—. Álvaro lo sabía. El 28 de diciembre, cuando los padres de Iván formalizan su personación como acusación particular en el procedimiento, el documento judicial ya identifica al menor fallecido. No como herido. Como víctima mortal de un homicidio imprudente.

Y cinco meses después de escuchar todo eso, había escrito una carta deseando su «pronta mejora».

Perplejidad, indignación, incredulidad.

Ahora el dolor era más profundo, más silencioso, más definitivo. Era un dolor que había dejado de ser emoción para convertirse en estado permanente del ser. Lo que sintió al leer aquella carta fue algo más frío, más cerebral, más devastador: la confirmación absoluta de que aquel homicida vial no era simplemente un delincuente reincidente. Era algo mucho peor. ¿Era un criminal vial completamente desconectado de la realidad del daño que causaba?

No era solo que el criminal no comprendiera la gravedad de su acto. Es que había construido una realidad alternativa donde Iván seguía vivo. Donde el accidente —él lo entendía como un «accidente», nunca «homicidio»— era un incidente menor del que uno podía recuperarse. El criminal vial quizá opera en un espacio psicológico radicalmente diferente al de otros criminales. Un asesino con arma blanca sabe que ha matado. Un atracador sabe que ha causado terror. Un maltratador sabe que ha infligido dolor. Pero el criminal vial existe en una burbuja de negación sistemática donde el vehículo actúa como barrera psicológica entre la acción y la consecuencia. El coche no es percibido como arma. La velocidad no es percibida como violencia. Las drogas y el alcohol no son percibidos como premeditación del riesgo. Y la muerte resultante no es percibida como crimen, sino como

«accidente», «fatalidad», «mala suerte», «error», «imprudencia». El criminal vial no es un criminal consciente. Es algo más peligroso: un criminal que ha internalizado la narrativa social de que matar con un coche no es realmente matar. Es algo que «le puede pasar a cualquiera».

Pero ¿por qué alguien en su sano juicio puede mandar una carta así a unos padres en pleno duelo por la pérdida de su único hijo?

Cabrían dos posibilidades de interpretación, ambas igualmente perturbadoras.

En primer lugar, se puede pensar que Álvaro no había procesado mentalmente que Iván había fallecido. Cinco meses después del fallecimiento, todavía no había integrado en su conciencia el hecho. Esto indicaría una disociación severa, una desconexión tan profunda con la realidad que el sujeto era incapaz de procesar información objetiva que contradecía su narrativa interna.

En segundo lugar, cabía la posibilidad de que supiera perfectamente que Iván había fallecido por su culpa y le daba exactamente igual. La carta era un ejercicio de manipulación, un intento de presentarse ante las autoridades penitenciarias o judiciales como alguien que «muestra remordimiento», cumpliendo así con los requisitos formales que el sistema exige para considerar beneficios. Pero la desconexión entre el contenido de la carta y la realidad objetiva revelaba que el remordimiento era puramente performativo, una representación teatral destinada a obtener beneficios prácticos sin ningún componente emocional genuino.

En cualquiera de los dos casos, el diagnóstico era el mismo: ausencia total de empatía con el sufrimiento causado. Incapacidad radical para comprender la dimensión del daño infligido. Desconexión absoluta entre los actos propios y sus consecuencias en las vidas ajenas.

Los padres de Iván guardaron la carta en la carpeta del caso junto a los otros documentos que componían el archivo de su dolor.

Esa carta que nunca obtuvo respuesta. Esa carta que se torna como un recordatorio de que el verdadero crimen no fue solo

quitar la vida a Iván aquella noche de diciembre, sino la absoluta incapacidad del victimario para comprender lo que había hecho. En sus palabras torpes y puede que calculadas, Álvaro reveló algo más aterrador que la violencia misma: la ausencia total de humanidad necesaria para reconocer que había destruido para siempre la vida de una familia. «Desearle su pronta mejoría», escribió sobre un chico que llevaba cinco meses muerto. En esas cuatro palabras está condensada toda la obscenidad de la violencia vial: matar y no ser capaz siquiera de reconocer que se ha matado.

Le podría pasar a cualquiera.

Fue la única vez que Álvaro preguntó por Iván. La carta permanece guardada entre los documentos del caso. Sin respuesta. Sin perdón. Sin sentido.

– • –

—CAPÍTULO 8—

# IMPRUDENCIA

No fue un accidente, fue un siniestro. El lenguaje determina la realidad.

El sol de junio empieza a golpear Madrid con fuerza mientras los turistas caminan por la Gran Vía ajenos a la tragedia que se decide a unas calles de distancia. En los pasillos del Juzgado de lo Penal número 8, el aire huele a papel viejo, café recalentado y miedo contenido. Cada paso resuena como un eco seco, casi metálico. Los funcionarios cruzan miradas fugaces, conscientes de que en ese edificio una palabra puede cambiar vidas.

«Accidente», dice el auto de procesamiento, impreso en tinta negra sobre papel.

«Imprudencia», sostiene el Código Penal, con su lenguaje frío e inflexible.

«Homicidio», susurra María José, y la palabra se pierde entre las paredes del juzgado y los murmullos rutinarios de quienes ya han visto demasiadas tragedias.

La sentencia está a punto de dictarse.

Los días 20 y 21 de junio de 2018, dieciocho meses después de aquella noche en el paseo del Prado, se celebra el juicio oral en el Juzgado de lo Penal número 8 de Madrid. María José entra en la sala con la dignidad de quien ha aprendido que el dolor no se esconde, sino que se porta como un escudo.

La sala es rectangular, funcional, despojada de cualquier concesión a la solemnidad. Fluorescentes que zumban apenas perceptibles, mesas de madera clara donde se acumulan legajos, el escudo constitucional en la pared como único recordatorio de que allí se administra justicia en nombre del rey.

Álvaro ocupa el banquillo de los acusados. Escucha la lectura de los hechos probados sin expresión particular. El mismo rostro que mostró aquella noche cuando salió del Ford Focus, se sentó en el bordillo y preguntó si había hecho daño a alguien.

Los padres de Iván pudieron pasar al final como acusación. No están presentes durante toda la celebración completa del acto. Necesitan buscar algo —remordimiento, culpa, miedo, cualquier indicio de humanidad— en ese rostro que ha destruido su vida.

La fiscal Carmen presenta las pruebas con la precisión de un cirujano: velocidad confirmada por análisis técnico y grabaciones de cámaras de seguridad, alcoholemia casi cuatro veces superior al límite legal, cocaína y alprazolam en sangre, treinta y ocho condenas previas que incluyen conducción bajo influencias en 2010. Cada dato es un clavo más en el ataúd de cualquier posible defensa.

Los testigos desfilan por la sala. Diferentes personas que no conocen a Álvaro, y que no tuvieron la suerte de conocer a Iván, pero que han visto lo mismo: un coche circulando «a velocidad increíble, excesiva», un ruido «muy muy fuerte de derrape de ruedas», un conductor que salió del vehículo «con una tranquilidad pasmosa».

Los padres declaran por separado. Primero pasa Antonio. Habla con voz contenida.

—Esperaba el autobús en la parada central de la plaza. Mi hijo fue a ver el panel de tiempo de espera. Yo me quedé en la marquesina. Oí el chirriar de coches, como de carrera de coches bestial. Desplazó a mi hijo un montón de metros. Y falleció.

Hace una pausa. Mira hacia el banquillo, donde Álvaro permanece inmóvil.

—Mi vida ha cambiado —continúa Antonio, elevando la voz—. Una persona que ha matado a tu hijo sale del coche con una tranquilidad pasmosa, y aquí está feliz. En el día a día es muy difícil de llevar.

Entonces la magistrada le hace la pregunta:

—¿Perdonaría usted al acusado?

Antonio la mira. El silencio se instala en la sala durante unos

segundos que parecen eternos.

—¿Y si fuera su hijo? —contesta—. ¿Lo perdonaría usted?

La jueza le retira el turno de palabra inmediatamente. Antonio sale de la sala conteniendo una furia que lleva año y medio enquistada. La puerta se cierra tras él con un golpe seco que resuena en el silencio de la sala.

Cuando María José entra después, la magistrada es terminante: queda prohibido mirar al acusado. Prohibido increparlo. Cualquier comentario fuera de las preguntas formuladas puede considerarse desacato.

María José escucha la advertencia. Sabe que la están vigilando después de lo ocurrido con Antonio. Su abogada le ha dado instrucciones precisas: responder solo a las preguntas, no mirar hacia donde está Álvaro, mantener la compostura. Está muy nerviosa. Los nervios le tiemblan en las manos, en la voz, en cada músculo del cuerpo que intenta mantenerse en pie.

La magistrada le hace la misma pregunta que a Antonio:

—¿Perdonaría usted al acusado?

—No.

—¿Desea declarar algo más?

María José refiere que todo lo que tiene que declarar consta en lo contenido por su abogado, aunque todo lo que quiere gritar, todo el odio acumulado durante año y medio pugna por salir. Pero las instrucciones han sido claras. Terminantemente prohibido mirar al reo. Terminantemente prohibido increparlo. Lo único que quiere es manifestar su odio, decirle a la cara lo que piensa de él, hacerle saber que lo desprecia con cada fibra de su ser.

Pero no puede.

Pronuncia únicamente lo permitido, responder a las preguntas:

—No lo perdono. La carta del acusado la desprecio. Está basada en mentira.

La defensa intenta argumentar intoxicación plena como eximente y alega que su cliente no recuerda nada de aquel día, que la combinación de alcohol, cocaína y benzodiacepinas había anulado completamente su capacidad de decisión.

La magistrada repasa por última vez el expediente: treinta y

siete folios que condensan una vida segada y un sistema que se niega a llamar a las cosas por su nombre. Sus dedos golpean el papel con un ritmo casi imperceptible, como marcando el latido de un corazón detenido.

—Homicidio por imprudencia grave —lee con voz firme.

La palabra «imprudencia» flota en el aire cargado, como un humo que cubre la sala y convierte la brutalidad en formalidad. Como si conducir a 135 kilómetros por hora, drogado y alcoholizado, con múltiples condenas previas, a una velocidad extrema, fuera un descuido. Un error de cálculo. Una distracción momentánea.

María José aprieta las manos bajo la mesa, uñas clavadas en la piel, respiración contenida. Conoce cada subterfugio legal que convierte al criminal vial en algo menor. Ha memorizado cada artículo del Código Penal, cada inciso de la jurisprudencia. Busca la rendija donde la justicia pueda colarse. Pero el artículo 142 es implacable: pena de prisión de uno a cuatro años; máximo cuatro años por homicidio imprudente grave.

La magistrada concluye la vista oral dejando el juicio visto para sentencia. Sentencia que referiría:

—Se condena a Álvaro como autor responsable de un delito de homicidio por imprudencia grave a la pena de cuatro años de prisión.

Cuatro años.

Cuatro años de prisión por matar a Iván.

Cuatro años por conducir a ciento treinta y cinco kilómetros por hora en zona urbana limitada a cincuenta kilómetros por hora.

Cuatro años por hacerlo con 1,76 gramos de alcohol por litro de sangre, cocaína y alprazolam en el organismo.

Cuatro años pese a haber sido condenado anteriormente por conducción bajo la influencia de alcohol y drogas.

Cuatro años pese a la frialdad documentada por agentes, testigos y víctimas.

Cuatro años que para María José representaban la prueba definitiva de que el sistema había fallado. De que las leyes estaban mal. De que la vida de su hijo no valía nada para un

Código Penal que trataba el homicidio vial como imprudencia en lugar de tratarlo como el crimen.

Cuatro años que serían el combustible de su lucha por cambiar las leyes de un país que permitía que criminales viales con un historial interminable de delitos pudieran salir a la calle, coger un coche convertido en arma letal, y destrozar vidas sin que las consecuencias legales estuvieran a la altura de la magnitud del daño causado.

Cuatro años. Si Álvaro cumpliera la condena completa, saldría libre en 2022. Tendría cuarenta y dos años. Iván tendría diecinueve. Quizá estaría estudiando en la universidad, quizá en Francia, siguiendo su pasión por los idiomas. Quizá, quizá.

El eco de esa sentencia se despliega como un disparo silencioso. La fiscal había solicitado el máximo legal; no podía pedir más. El resto —inhabilitación para el sufragio pasivo, privación del derecho a conducir vehículos a motor y ciclomotores durante seis años— suena como un murmullo administrativo que no contiene la tragedia. El documento judicial establece con precisión los hechos probados. Cada palabra está medida, pesada, despojada de emoción. El lenguaje jurídico convierte la brutalidad en burocracia. La brutalidad queda empaquetada en lenguaje burocrático.

Los informes periciales fueron claros, casi cinematográficos. Una placa metálica arrancada de cuajo, un tubo de hierro retorcido, el panel informativo de la EMT destrozado. Una lluvia de cristales cayendo sobre el vehículo policial mientras el Ford descontrolado dejaba un rastro de destrucción. Iván no tuvo ninguna posibilidad. Y, sin embargo, no se contempla el vehículo como arma. Pero no es un vehículo en ese momento. Es un proyectil. Un arma de destrucción masiva circulando por el centro de Madrid. Pero no, un coche de casi tonelada y media a 135 kilómetros por hora no es un arma.

María José se ha acostumbrado a leer cifras como quien repasa un parte de guerra: en 2016 —el año del homicidio vial—, 1.810 personas murieron en las carreteras españolas. 355 por alcohol, 189 por drogas. 12.129 heridos graves. Unos 10.000 millones de

euros en costes directos e indirectos. Trauma psicológico: incuantificable.

La terminología oficial sigue diciendo «accidentes de tráfico». Pero cuando se analizan las causas, el término «accidente» se revela como un eufemismo cruel. En 2016, más de 500 muertes fueron causadas por conductores bajo efectos del alcohol o drogas. Conductores que tomaron quizá la decisión de asumir el riesgo de convertir sus vehículos en armas.

Pero el sistema las amontona bajo la etiqueta neutra de «víctimas de tráfico». Cada una de esas muertes tiene nombre, apellidos, familia. Cada estadística es un Iván. Pero el sistema los agrupa bajo ese paraguas aséptico de «víctimas de tráfico», como si fueran daños colaterales inevitables de la vida moderna. España lleva décadas asumiendo ese precio. Un promedio de cuatro personas fallecidas cada día. 1.800 familias destrozadas cada año. Esta lenidad no es accidental. Responde a una percepción social que normaliza la violencia vial. «Todos somos conductores», «todos podemos cometer un error», «podría pasarle a cualquiera». Frases que construyen un muro de comprensión hacia el victimario, no hacia la víctima vial.

María José siente que el sistema judicial español ha levantado una arquitectura perfecta para sostenerla: eufemismos como columnas, atenuantes como cemento. «Embriaguez» diluye la culpa. En tráfico, puede que la fórmula conocida como «reparación del daño» convierta el dinero del seguro en absolución moral. Para la madre de Iván, matar con un coche no debería ser un delito menor. Y aunque el sistema prefiera llamarlos «conductores imprudentes», también hay criminales viales.

Días más tarde, se sienta frente al portátil sobre la mesa del comedor, la luz del atardecer entrando por la ventana. La foto de Iván la observa desde la pantalla, sonrisa congelada en un verano anterior. Pulsa «Publicar»:

—Mi hijo no tuvo un accidente de tráfico. Mi hijo fue asesinado por un psicópata vial.

Su primera batalla es semántica. Corrige a periodistas, fiscales, jueces.

—No fue un accidente, fue un siniestro. No fue imprudencia, fue homicidio.

Porque el lenguaje no es neutral. El lenguaje construye la realidad.

Iván no murió en un accidente. A Iván lo mataron.

No con premeditación. No con alevosía. Pero sí con la absoluta indiferencia de alguien que decidió que su deseo de conducir drogado y alcoholizado a velocidad suicida importaba más que las vidas de los demás.

Y esta podría ser la definición de un tipo de violencia: la violencia vial.

Violencia que mata.

Violencia que destruye familias.

Violencia que, según las leyes españolas de 2016, se castigaba con solo cuatro años de cárcel.

Cuatro años.

Por destruir una vida de quince años.

Por convertir a dos padres en supervivientes de un dolor que nunca termina.

Por robar al mundo la luz que era Iván, un adolescente brillante.

Cuatro años.

Violencia ejercida por un reincidente que había sido condenado treinta y ocho veces previamente. Violencia ejercida por alguien que sabía perfectamente lo que estaba haciendo cuando se metió ese cóctel mortal —de cocaína, alcohol y alprazolam—. Violencia ejercida por alguien que robó un coche y decidió conducirlo a 135 kilómetros por hora por el centro de Madrid.

Violencia que quedó registrada en informes médicos, en atestados policiales, en sentencias judiciales.

Violencia. Violencia vial.

La sentencia del 27 de junio de 2018 cerró un proceso judicial, pero abrió una batalla social. La palabra «accidente» ha perdido inocencia. La lucha es por el lenguaje, por la ley, por la vida. Porque la sociedad habrá entendido algo esencial: la imprudencia ha dejado de ser excusa.

El despertar ha comenzado.

– • –

# TERCERA PARTE

—CAPÍTULO 9—

# LA SONRISA ETERNA

Los archivos judiciales no capturan sonrisas. En el expediente del caso, ocupa exactamente cinco líneas.

Nombre completo: Iván Plaza Jiménez.
Fecha de nacimiento: 28 de mayo de 2001.
Fecha de defunción: 20 de diciembre de 2016.
Edad: 15 años.
Ocupación: estudiante.

Cinco líneas. Como si la burocracia judicial pudiera encerrar una vida entre márgenes de papel sellado. Como si quince años de existencia pudieran reducirse a datos biométricos certificados por un forense. Como si la burocracia judicial pudiera documentar lo que realmente importa. Como si existiera un formulario oficial para certificar la bondad, una casilla administrativa para registrar el amor, un apartado legal donde archivar la luz que algunos traen al mundo. Desde luego hay vidas que no caben en papel sellado, que se desbordan de los márgenes oficiales, que exigen ser contadas con palabras que recuperen el calor de la piel.

Iván nació en una tarde de primavera madrileña cuando el siglo xxi todavía olía a promesa y a posibilidad. María José, sostuvo a su hijo recién nacido y supo algo que ningún informe obstétrico podía documentar: ese niño era especial. No especial en el sentido de excepcional o superdotado, sino especial en el sentido más profundo y más simple: ese niño había llegado al mundo con algo que otros tardan décadas en desarrollar o nunca desarrollan, una bondad natural que no se aprende en ningún manual de

educación, una nobleza de carácter que parecía inscrita en su ADN.

Los primeros años fueron de descubrimiento mutuo entre madre e hijo. Iván observaba. Sus ojos oscuros, enormes, parecían absorber el mundo con una curiosidad que excedía su edad. Cuando María José lo alimentaba, él la miraba fijamente como si estuviera memorizando cada rasgo de su rostro, como si supiera ya entonces que esa mujer sería el centro absoluto de su universo emocional durante los siguientes quince años de vida.

A los dos años hablaba con una fluidez que asombraba a pediatras y familiares. No balbuceos infantiles sino frases completas, preguntas complejas que revelaban una mente en funcionamiento acelerado. María José recuerda con precisión una tarde en que Iván tenía tres años. Ella acababa de colgar el teléfono tras una conversación difícil, se había sentado en el sofá con la mirada perdida, sin darse cuenta de que su hijo la observaba desde la puerta del salón con esa intensidad característica:

—¿Tú también te pones triste, mami?

La pregunta no buscaba información. Buscaba conexión. Empatía. A los tres años, Iván ya había desarrollado esa capacidad que la mayoría de los adultos no alcanza jamás: detectar el dolor ajeno y acercarse a él sin miedo, sin incomodidad, con la naturalidad de quien entiende que la tristeza es parte de la vida y que lo único que se puede hacer frente a ella es acompañar.

María José lo abrazó aquel día y en ese abrazo entendió algo que los años posteriores solo confirmarían: su hijo no era un niño ordinario. Era alguien con una sensibilidad emocional que trascendía su edad, alguien que parecía haber nacido sabiendo algo que otros nunca aprenden, que la vida se vive mejor si se vive para los demás, que la felicidad propia está ligada indisolublemente a la felicidad ajena, que no hay mayor satisfacción que hacer sonreír a quien está triste.

La relación entre madre e hijo se construyó sobre esa base de complicidad emocional profunda. No era sobreprotección

maternal ni dependencia. Era algo más complejo y sano: reconocimiento mutuo de dos almas que se entendían sin necesidad de palabras pero que, aun así, elegían las palabras como forma de celebrar ese entendimiento:

—Mi hijo, aparte, pues estaba conmigo en las circunstancias difíciles, cuando yo flaqueaba, tenía tal madurez que me daba buenos consejos, me ayudaba a salir adelante, con esa gracia, con esa chispa que él tenía.

María José conserva, lee y relee algunas evidencias claras de su relación.

Iván la llamaba Mamichu, ese diminutivo cariñoso que contenía todo un universo de ternura, y le escribía cartas. A mano. Con esa letra grande y un poco torcida de los niños que aún están aprendiendo a dominar el bolígrafo.

Reza así:

> Mamichu, mamichu, mamichu, ¿por qué te llamo tanto «ichu»? Porque «ichu» significa: Lo bonito, lo interesante y el amor que es lo que te define a la perfección. Pues lo dicho, mamichu: Quédate con estos adjetivos tan bonitos que he escrito. ¡Feliz día de la Madre en el que no quiero que falte hojaldre.
>
> POR IVÁN PLAZA (IVÁN).

La nota no es solo muestra de cariño filial. Es una evidencia lingüística de una mente que juega con las palabras, que crea neologismos, que construye significados privados para describir realidades que el lenguaje común no alcanza. «Ichu». Conceptos condensados en letras. Economía verbal de quien entiende que las palabras pueden fabricarse cuando las existentes no bastan.

En otra ocasión, Iván escribiría una dedicatoria más elaborada:

El título: simplemente «TÚ ERES». Y debajo, un abecedario completo donde cada letra corresponde a un adjetivo describiendo a su madre:

A: Amazing!
B: Bonita
C: Controladora

D: Deslumbrante
E: Entretenida
F: Fabulosa
G: Galante
H: Hilarante
I: Inteligente
J: Juguetona
K: Kilométrica
L: Leal
M: Madura
N: Noble
Ñ: Ñeque
O: Observadora
P: Parlan-china (¡que no veas!)
Q: Químicamente guapa
R: Recalcada
S: Sensacional
T: Perinola
U: Única
V: Veladora
W: Wapa
X: X-terna
Y: Yerna
Z: Zalamera

María José ha leído todas estas notas cientos de veces. Miles quizá.

Otra de esas cartas, escrita cuando Iván tenía apenas ocho años, está redactada en forma de triángulo invertido, un capricho infantil de diseño que convierte las palabras en dibujo, la emoción en geometría. Un triángulo invertido, adelgazándose hacia abajo hasta llegar a una punta que señala la firma, envuelta en un corazón dibujado con tinta azul. El título, en la amplia cúspide: «SIEMPRE JUNTOS», y al final, su firma: «Iván», rodeada de un corazón dibujado con pulso tembloroso pero lleno de intención. María José guardó esa carta como guarda todas las demás.

Es contrato emocional. Es promesa documentada. «Yo pienso acompañarte». «Te pienso acompañar en tus sentimientos». «Nunca olvides que estoy para ti».

La cuarta nota lleva un título en forma de pregunta: «¿POR QUÉ

TE QUIERO?». Debajo, una introducción que establece el tono: «¿Por qué te quiero? es una pregunta que tú misma te puedes hacer. Háztela porque ahí van unas cuantas razones:».

Y entonces viene la lista:

- Me cuidas como todo el que quiera ser cuidado.
- Me amas hasta el infinito «y más allá».
- Eres graciosa, increíble y fabulosa; cosa que otras madres no son.
- Eres veterana en esto de ser madre.
- Sabes muchas más razones sin que yo las tenga que escribir.

Por eso y mucho más… ¡TE QUIERO! (MUCHÍSIMO)

Son archivos llenos de felicidad. Cada carta es una evidencia, una prueba irrefutable de que existió un amor así de puro, así de cierto, así de constante.

Cada año que pasaba, el vínculo se hacía más profundo, más consciente, más elegido. No era el amor instintivo del niño pequeño que depende de su madre para sobrevivir. Era el amor consciente del adolescente que elige a su madre como confidente, como aliada, como el lugar seguro donde siempre se puede volver. Los psicólogos forenses tienen un término para esto: inteligencia emocional desarrollada. Pero el término clínico no alcanza a capturar la realidad humana: un adolescente que bailaba para curar las heridas de su madre, que convertía el dolor en movimiento, que transformaba la oscuridad en luz con solo su presencia.

—Demasiado bueno para los tiempos que corren, no veía la maldad —dijo María José seguido de un profundo suspiro.

En casa de Iván, las paredes hablan. No con el silencio espeso que entra en un hogar tras una tragedia, sino con la elocuencia ruidosa de la memoria que se niega a morir. Fotografías por todas partes. Hay una foto en particular que María José mira cada mañana. No la más reciente —la última con el hombre de negro —, sino una más antigua. Iván tiene quizá diez años. El pelo rizado negro, la piel morena, los ojos brillantes. Pero sobre todo, sobre todo, esa sonrisa. No es una sonrisa de ocasión, de esas que se fabrican para la cámara. Es la sonrisa de quien no conoce el

miedo, de quien aún no ha aprendido que el mundo puede ser cruel.

A los trece años, Iván descubrió el Atlético de Madrid. O quizá sería más preciso decir que el Atlético descubrió a Iván, que esos colores rojiblancos encontraron en él un hincha que los llevaría en el alma con una intensidad que trascendía lo deportivo para convertirse en identidad, en forma de estar en el mundo, en símbolo de valores que él ya encarnaba antes de conocer al equipo. El Atlético representaba todo lo que Iván era: nunca rendirse, luchar contra adversidades, defender a los tuyos, levantarse después de cada caída, celebrar los triunfos con humildad y aceptar las derrotas con dignidad.

No era un aficionado casual. Iván era del Atlético con la misma intensidad con la que se cree en una religión. Era hincha, creyente, fiel absoluto. El Atlético era parte de su identidad. Tenía la habitación llena de pósteres, banderines, bufandas, camisetas. Todas las camisetas. Las que llevaban su número favorito: el 8.

Su habitación se transformó en santuario rojiblanco. En ella colgaba una dedicatoria firmada por Koke —jugador del Atleti—: «Para Iván, un ángel que está en el cielo, de su amigo Koke». Todo huele a presencia que persiste.

Pero Iván no solo era fútbol. También era baloncesto.

Esa sonrisa también protagonista incluso cuando fallaba tiros de baloncesto. Esa imagen permanece grabada en la memoria de quienes lo conocieron. Un adolescente de quince años en mitad de un pabellón de baloncesto, el triple imposible todavía vibrando en la red después de atravesar el aire desde media cancha, girándose hacia sus compañeros con los brazos abiertos y esa expresión de felicidad absoluta que parecía iluminar las gradas, el parqué, las paredes. No celebraba su propio acierto. Celebraba el momento compartido. La posibilidad de haber hecho felices a los demás.

Fue en un partido cualquiera. De esos que se juegan entre amigos sin mayor trascendencia que la diversión del momento. Iván recibió el balón detrás de la línea de tres puntos. Los defensas se acercaban. Sus compañeros gritaban instrucciones

contradictorias. Él no sabía a quién pasar. El pánico se instaló en su rostro.

—¡Tira! ¡Tira! —gritaron desde la banda.

Iván cerró los ojos —literalmente cerró los ojos— y lanzó. El balón describió un arco perfecto. Entró limpio en la canasta sin tocar el aro. Un triple que parecía imposible.

El gimnasio estalló en gritos de alegría.

La familia de Diego escribió sobre ese momento en el libro de homenajes:

> Nunca olvidaremos esa sonrisa de oreja a oreja que te iluminó jugando un partido de baloncesto, cuando por detrás de la línea de 3 puntos, sin saber muy bien a quién pasar el balón, le gritamos desde la banda, ¡tira!, y el triple entró limpio.

Tenía una capacidad innata de convertir cada momento en celebración. Una forma de hacer que todos los demás se sintieran parte de algo más grande que un simple partido de baloncesto. Y esa característica, ese rasgo de personalidad que lo definía en la cancha, era el mismo que lo definía en el aula, en casa, en cada rincón de su vida: la valentía de asumir riesgos, la determinación de no dar pasos atrás, la fortaleza de continuar sin importar las críticas.

Los profesores del colegio San Viator también fueron testigos de esa luz. En el libro de homenajes que el centro compiló tras su partida, página tras página, de testimonios escritos a mano intentan capturar algo que se escapa entre las palabras.

Inma, su profesora, compartía su testimonio:

> Se me llenan los ojos de lágrimas cada vez que pienso en ti. Vienen a mi memoria los rasgos de tu personalidad, tu alegría, tu saber estar, cómo te emocionabas con todo lo que te proponían, el cariño y amor que irradiabas. Nos has dejado un gran vacío que nunca podremos llenar, pero ten por seguro que, pase el tiempo que pase, tendré un gracias en mis labios para ti, un gracias por haberte conocido y disfrutado.

Numerosos son testimonios coinciden en un detalle específico: la

sonrisa. Cuando diferentes fuentes sin conexión previa describen a alguien con las mismas palabras, ya no es opinión subjetiva. Es evidencia empírica.

Esa sonrisa rodeada de piel morena y pelo rizado que poco a poco iba tomando forma. Una sonrisa que no era pose para la cámara sino expresión natural de alguien que aún no había aprendido que el mundo puede ser cruel.

En el colegio San Viator, donde Iván estudió desde los tres hasta los quince años, todos los profesores reconocían que ese niño era diferente. Diego Millán, un docente con décadas de experiencia en las aulas, un hombre que ha visto pasar a cientos de alumnos y que sabe distinguir lo ordinario de lo excepcional, así lo expresaba:

> Para mí el paso del tiempo no borrará tu paso por mi vida y por nuestro Colegio. Tu sonrisa y tu bondad iluminan el camino en cada rincón de este lugar donde tú creciste y recorriste durante quince años.

Quince años completos, toda una vida educativa en el mismo centro, desde la educación infantil hasta cuarto de la ESO, dejando rastro en cada pasillo, en cada aula, en cada recreo, construyendo un legado que los profesores reconocían como único. Destacaba sin necesidad de exhibirse, brillaba sin cegar a los demás, construía su prestigio no sobre el pedestal del rendimiento académico, sino sobre la base sólida de la generosidad cotidiana.

La sonrisa aparecía una y otra vez en los testimonios como una constante matemática, como una variable que nunca cambiaba sin importar quién hablara o desde qué perspectiva lo hiciera.

Un compañero anónimo escribió con la precisión involuntaria de quien reconstruye una imagen tan nítida que parece fotografía:

> Seguramente, no soy el único que al nombrar a Iván se le venga a la mente esa sonrisa rodeada de una piel morena y un pelo rizado. Amable, solidario, generoso, empático, inteligente, cariñoso, son pocas las que te definen a la perfección.

Seis adjetivos que ninguno es contradictorio y ninguno

excepcional por separado, pero la combinación de todos ellos, la coexistencia simultánea de esas cualidades en un adolescente de quince años, eso sí era excepcional, eso sí merecía ser documentado, archivado, preservado.

Y luego llegó la honestidad brutal que aumenta la credibilidad de todo el testimonio porque demuestra que no se trata de idealización póstuma sino de reconocimiento complejo de una personalidad real:

> Para no decir que eras un chico perfecto, diré que también eras un poco «cabeza loca», por qué no, pero predominaba siempre tu buen carácter.

Iván tenía sus momentos de dispersión, sus episodios adolescentes, sus instantes de cabeza loca que lo hacían humano, cercano, real. Pero todo eso no empañaba lo esencial porque su buen carácter predominaba siempre como el tema principal de una sinfonía que permite variaciones, pero nunca pierde su línea melódica fundamental.

Esperanza López, profesora del colegio que había visto pasar generaciones enteras de estudiantes, escribió en el prólogo del libro de homenaje con una franqueza que trasciende los lugares comunes del duelo:

> Querido Iván:
> Este es el prólogo que nunca me imaginé que fuera a escribir. Tu paso por nuestra vida fue breve pero intenso, dejaste un legado grande para muchos de nosotros y lo único que se puede decir es «GRACIAS». Gracias por regalarnos tu sonrisa, tu tiempo, tu inocencia y tu cariño. Tus ganas de cada día ser mejor nos provocó un terremoto interior que hoy en día persiste.

Terremoto interior. La metáfora capturaba el impacto profundo porque Iván no modificaba superficialmente a las personas, no dejaba una impresión pasajera que se desvanece con el tiempo. Las alteraba en sus estructuras internas, provocaba réplicas que continuaban años después de su muerte, cambiaba la forma en que los demás veían el mundo y se veían a sí mismos. Un

adolescente enseñando a profesores con décadas de experiencia, no lecciones académicas que se olvidan al día siguiente del examen sino lecciones de humanidad que permanecen para siempre, lecciones de cómo vivir con bondad, con generosidad sin cálculo, con alegría sin condiciones.

Hay vidas que se miden en años. Otras, en intensidad. Iván vivió quince años, cuatro meses y once días. Pero en ese tiempo dejó una huella tan profunda que, aún hoy, quienes lo conocieron hablan de él en presente. Como si la muerte no hubiera tenido la última palabra. Como si su luz siguiera encendida en algún lugar invisible pero real.

Los investigadores que reconstruyen crímenes trabajan con evidencias tangibles: huellas dactilares, restos de ADN, trayectorias balísticas, manchas de sangre. Pero hay un tipo de evidencia que no se archiva en bolsas selladas ni se cataloga con códigos alfanuméricos. Es la evidencia humana, la que queda grabada en la memoria de quienes conocieron a esa persona. Y en el caso de Iván Plaza Jiménez, esa evidencia tiene un denominador común que aparece en cada declaración, en cada testimonio, en cada carta escrita incluso años después de la despedida: la sonrisa. No una sonrisa cualquiera. No el gesto cortés que se dibuja en las fotos familiares o la mueca social que se esboza ante desconocidos. Los que conocieron a Iván hablan de algo diferente. Algo que los testigos describen con palabras casi idénticas, como si hubieran presenciado el mismo fenómeno luminoso y trataran de capturarlo con un lenguaje que siempre les resulta insuficiente.

Las palabras de Diego, un buen amigo de Iván, dos años y medio después de tener que despedir a su amigo Iván, resumen perfectamente lo aquí contenido:

—Seguramente, no soy el único que al nombrar a Iván se le venga a la mente esa sonrisa rodeada de una piel morena y un pelo rizado que poco a poco iba tomando forma.

Piel morena. Pelo rizado. Y esa sonrisa que actúa como centro gravitacional de la imagen. Diego no dice «una sonrisa». Dice «esa sonrisa». El artículo determinado delata la especificidad del

recuerdo. No es una sonrisa genérica. Es una sonrisa que todos reconocen, que todos han visto, que todos pueden invocar con solo cerrar los ojos.

Los archivos judiciales no capturan sonrisas. Pero la memoria humana sí. Y mientras haya memoria, habrá luz. Eterna.

– • –

—CAPÍTULO 10—

# AMOR Y PEGAMENTO

La luz del atardecer atraviesa los vitrales de una iglesia madrileña en rayos oblicuos que cortan el aire inmóvil de junio. Al trasluz se pueden ver las finas motas de polvo.

Son las siete de la tarde del 8 de junio de 2019. Dos años, cinco meses y veintinueve días después de aquella noche en la marquesina.

Los bancos de madera crujen bajo el peso de esos adolescentes que han aprendido demasiado pronto sobre la fragilidad de la vida. En primera fila, María José, que estruja y sostiene un pañuelo entre sus manos.

El monitor de los CAL Madrid (Centro de Animación Litúrgica) que oficia la eucaristía carraspea antes de hablar. Su voz resuena contra las paredes con ese eco peculiar de los espacios sagrados. Va a pronunciar un nombre que todavía, después de todo este tiempo, provoca que algunos de los presentes contengan la respiración.

—Finalmente, nos queda por hacer un gesto especial —anunció.

Los más pequeños —los que llegaron a CAL Madrid después de diciembre de 2016— no entienden por qué el silencio se vuelve tan denso de repente. Pero los demás lo saben. Diego aprieta los puños sobre sus rodillas. Alejandro mira fijamente al suelo. Pablo siente que algo se le cierra en la garganta. Todos ellos, los que formaban ese grupo que se llamaban a sí mismos *los pinxitos*, están a punto de escuchar algo que han esperado durante meses con una mezcla de sentimientos encontrados.

—Como la mayoría recordaréis, en los dos últimos años y medio hemos vivido en CAL una falta —dijo el monitor de los CAL Madrid.

Antes de que existiera esa falta, existían los sábados. Todos los sábados, de cinco de la tarde a ocho de la noche, el local de CAL Madrid se transformaba en un ecosistema adolescente completo. No era solo un grupo juvenil católico. Era familia, refugio, lugar donde podías ser exactamente quien eras sin tener que fingir nada.

Una falta. La palabra flota en el aire como el polvo en la luz de los vitrales. Qué manera más pequeña de nombrar la ausencia de alguien que era, según palabras de quienes lo conocieron, el pegamento que unía a las personas.

El monitor continúa, y sus palabras son el preludio de un reconocimiento que nunca debió ser póstumo.

Los archivos de CAL Madrid guardan registros meticulosos. Listas de asistencia que datan de años atrás, fotografías de campamentos, actas de reuniones de monitores. En esos documentos, un nombre aparece con la consistencia de quien nunca faltaba: Iván. Presente. Siempre presente. Desde que era un niño.

Los sábados eran sagrados:

—Enamorado de los sábados y los campamentos —dirían después los monitores en la eucaristía de homenaje.

No era una exageración. Era una descripción precisa de alguien que había encontrado en CAL Madrid no solo un grupo juvenil católico, sino una familia espiritual. Un lugar donde su luz natural encontraba amplificación en la luz de otros.

Los campamentos de verano eran el momento cumbre del año. Días enteros en la sierra, durmiendo en tiendas de campaña que olían a lona húmeda y a adolescencia. Juegos clásicos que los dejaban exhaustos. Reflexiones bajo las estrellas que a veces se alargaban hasta el amanecer. Misas cantadas hasta quedarse sin voz. Risas de esas llegaban a doler de tanto reír.

En los archivos fotográficos de esos campamentos, Iván aparece constantemente. No siempre en el centro del encuadre —no era de los que buscaban protagonismo—, pero siempre presente. Y siempre con esa sonrisa. Esa eterna sonrisa de oreja a oreja que todos mencionarían después, como si fuera el rasgo definitorio de

su existencia.

Entre tanto, los llamados *pinxitos*. No hay un momento preciso en que decidieron ser un grupo con nombre propio. El apodo era. Sin más. Suyo. Ninguno de ellos recuerda exactamente cómo surgió. Probablemente en una tarde de risas flojas, de esas que solo tienen sentido cuando tienes quince años y la vida entera parece extenderse infinita por delante. *Pinxitos*. Quizá desde fuera no cobra sentido, pero para ellos era perfecto. Simplemente sucedió, como suceden las amistades verdaderas en la adolescencia: de manera orgánica, inevitable, necesaria. Iván, Diego, Alejandro, Kike, Pablo, Sergio. Adolescentes del colegio San Viator cuyas vidas se entrelazaron en los pasillos del colegio y se cimentaron en los sábados de CAL Madrid.

Varios de sus amigos le llamaban Ivanchu. Era como lo llamaban sus amigos más cercanos. Un apodo cariñoso.

Diego, que había compartido pupitres con Iván desde primaria hasta cuarto de ESO, escribió con una honestidad brutal:

—Es difícil todavía asumir que ya no estás, pero tengo claro que tanto para mí como para tu gente, a nuestro grupo y toda la gente que te ha rodeado vas a estar cuidando desde arriba solo como tú sabías.

Con ligeras variaciones, pero en múltiples testimonios, como si todos hubieran llegado independientemente a la misma conclusión sobre la esencia de Iván, compartían:

—Eras amor, lo recibí en cada momento; eras pegamento, unías personas —dijo uno de los amigos de Iván.

Amor y pegamento.

María José suspiró de manera profunda al oír estas dos palabras. Esas dos palabras que definían a su hijo con una precisión que dolía. Iván había sido amor. No en sentido abstracto o poético, sino amor concreto, tangible, cotidiano. Amor que se manifestaba en preguntas sencillas como «¿Estás bien?», en abrazos dados sin esperar nada a cambio, en tiempo compartido generosamente.

Y había sido pegamento. Unía a las personas. Era el centro

gravitacional de su grupo de amigos.

Amor y pegamento.

Brenda, una de sus compañeras, compartió con su voz ligeramente temblorosa al hablar:

—Es que era verdad, era especial. No es porque lo diga ahora que ya no está. Es que realmente era especial.

La especificación es importante. Porque existe siempre la sospecha —justa o injusta— de que idealizamos a los que ya no están. Que les atribuimos virtudes que no tenían. Que los convertimos en santos solo porque ya no pueden contradecir esa imagen. Pero el testimonio de Brenda no es idealización. Es constatación de algo que todos los que conocieron a Iván sabían cuando él todavía estaba vivo: había algo en él que no era común. Una capacidad para hacer que las personas se sintieran vistas, valoradas, importantes.

Porque Iván no solo recibía. Daba. Constantemente. Sin esperar nada a cambio. Era el primero en levantar la mano cuando había que ayudar en cualquier cosa. El primero en acercarse al nuevo que llegaba tímido al grupo. El primero en preguntar «¿Estás bien?» cuando notaba que alguien estaba triste.

Alguien de los presentes comentó en voz alta:

—Lo que daría por ver lo lejos que llegarías.

Todos compartían la misma certeza: Iván habría llegado lejos. No necesariamente en términos de éxito profesional o fama, sino en términos de impacto humano. Habría sido de esas personas que cambian vidas sin hacer ruido. Que dejan el mundo un poco mejor de como lo encontraron. Que inspiran a otros simplemente siendo quienes son.

Ya lo había hecho en quince años. La pregunta que nadie puede responder es qué habría hecho en cincuenta más.

Y llegó la decisión de nombrar a Iván Monitor Honorífico de los CAL Madrid. Esta decisión fue imperiosa: Iván había sido monitor en todo excepto en el título formal. Su compromiso con el grupo era total. Diversos eran los argumentos que sostenía el título:

- Que su ejemplo inspiraba a otros.
- Que su fe era auténtica y profunda.
- Que si el objetivo declarado de CAL Madrid era «formar buenas personas y buenos cristianos, miembros de la sociedad que, a través de los valores del Evangelio, contribuyan a un mundo mejor», entonces Iván cumplía los requisitos.

No era una cuestión de sentimentalismo versus rigor. Era una cuestión de definir qué significa realmente ser monitor. Si es un título formal que requiere ciertos pasos administrativos, o si es una realidad más profunda que tiene que ver con valores encarnados, con ejemplo dado, con luz compartida.

Finalmente, en una votación que fue unánime, el equipo de monitores decidió: Iván Plaza Jiménez sería nombrado Monitor Honorífico de CAL Madrid porque se lo había ganado.

El monitor que anunció la decisión explicó los dos pilares que la fundamentaban.

—Primero, el compromiso. Vimos en Iván, mientras fue chaval, una presencia constante y siempre dispuesto a trabajar y darlo todo por su grupo, enamorado de los sábados y los campamentos —dijo con voz que temblaba ligeramente—. También lo vemos ahora, puesto que, a pesar de ser un chaval con una vida plena, con muchos amores como el baloncesto o el Atlético de Madrid, es nuestra paloma, la que tan bien conocemos y que está en nuestra bandera, la que adorna el lugar donde está descansando para siempre.

La paloma. El símbolo de CAL Madrid. El emblema que representa la paz, el Espíritu Santo, la trascendencia. En la tumba de Iván, en el cementerio sur de Madrid, entre flores que se renuevan cada semana y fotografías que María José cambia según las estaciones, hay una pequeña paloma grabada en la lápida. La paloma de CAL acompañándolo en su descanso eterno.

—Segundo, la fe. Una fe que Iván siempre ejercitó haciendo de ejemplo para todos nosotros, que dice que la muerte no es el final, y que el sufrimiento no tiene la última palabra.

Para los creyentes presentes en esa eucaristía, no era consuelo vacío. Era promesa. Certeza. Esperanza de que Iván no estaba

simplemente muerto, sino que había seguido el mismo camino que Jesús. Muerte. Vida eterna.

—Por eso sabemos que Iván sigue cuidando de nosotros y que, como un monitor más, será una fuerza que ayudará a que sábados, salidas y campamento salgan adelante, para que todos los chavales que quedan por venir disfruten de aquello que él tanto quiso y, no nos cabe duda, sigue queriendo.

El monitor hizo una pausa. Miró directamente a María José. Sus ojos estaban húmedos.

—María José, con este gesto queremos dejaros claro que sois, y siempre seréis, Familia CAL, como padres de un antiguo chaval, y como padres de un monitor. Esto es solo un pequeño gesto, porque nunca podremos agradeceros lo suficiente el regalo que nos hicisteis con vuestro hijo.

El regalo.

Esa palabra resonó contra las paredes de piedra de la iglesia con un eco que pareció durar más de lo físicamente posible. Porque es exactamente lo que Iván había sido: un regalo. Para sus padres, para sus amigos, para CAL Madrid, para todos los que tuvieron la fortuna de conocerlo.

Uno de los amigos comentó:

—Parece mentira que hayan pasado ya dos años, todos te seguimos teniendo en el corazón aunque tu imagen se va difuminando.

Tu imagen se va difuminando.

Es quizá la confesión más honesta y más dolorosa de todas. Porque es verdad. El tiempo hace eso. No borra el amor. No elimina la importancia de quien ya no está. Pero difumina los detalles. Vuelve borrosas las líneas precisas de un rostro. Hace que la voz se pierda poco a poco en el eco de la memoria. Y eso también duele. Por eso las fotografías se vuelven tan importantes. Por eso María José las mira cada día. Por eso *los pinxitos* vuelven una y otra vez a esas imágenes guardadas en sus teléfonos. No es nostalgia vacía. Es resistencia activa contra el olvido. Es la lucha por mantener viva no solo la memoria general de que Iván existió,

sino los detalles específicos de quién era: cómo sonreía, cómo movía las manos al hablar, cómo fruncía el ceño cuando estaba concentrado.

—Dejando de lado la melancolía, nostalgia y tristeza, no estamos aquí para llorar en una tumba que ya partió —continuaba ese amigo anónimo—. Estamos para recordar lo que eras.

La eucaristía concluyó con el poema que Esperanza había citado en el prólogo del libro:

—«Sonreír, abrir los ojos, amar y seguir».

Cuatro verbos. Cuatro instrucciones simples. Cuatro mandamientos para los que quedan atrás cuando alguien a quien aman se va demasiado pronto.

Sonreír, como sonreía Iván con esa sonrisa de oreja a oreja que todos recuerdan.

Abrir los ojos, para ver la injusticia que lo mató y combatirla.

Amar, como Iván amaba: sin condiciones, sin reservas, sin esperar nada a cambio.

Y seguir. Simplemente seguir. Un pie delante del otro. Un día después de otro. Llevando su luz adelante porque él ya no puede llevarla.

*Los pinxitos* salen de la iglesia en silencio. Diego, Alejandro, Kike, Pablo, Sergio. Cinco donde antes había seis. Ya no lloran como lloraban al principio —con esos sollozos desgarrados de quien acaba de perder algo—. El dolor se ha refinado, se ha vuelto más sutil pero no menos profundo. Se han acostumbrado a cargar esa ausencia como se acostumbra uno a cargar una mochila pesada: aprendes a distribuir el peso, a ajustar las correas, a seguir caminando, aunque duela.

Afuera, el sol se está poniendo sobre Madrid. La ciudad continúa su ritmo frenético, absolutamente indiferente al dolor privado de un grupo de adolescentes que acaban de nombrar Monitor Honorífico a un amigo que murió antes de tiempo. Los coches pasan veloces por las calles circundantes. Algunos conductores van distraídos mirando el móvil. Algunos hablan por teléfono sin manos libres.

Y en cada uno de esos coches, en cada uno de esos conductores que toman decisiones peligrosas, está latente la posibilidad de otra tragedia. De otro Iván. De otra María José. De otro grupo de amigos que tendrá que aprender a ser cinco cuando antes eran seis.

Pero también está la posibilidad del cambio. De que uno de esos conductores recuerde una historia que leyó sobre un chico de quince años muerto en una marquesina. De que otro vea una campaña en redes sociales sobre violencia vial. De que una tercera persona decida llamar a un taxi en lugar de arriesgarse.

Cada vida salvada es un triunfo silencioso. Cada siniestro evitado es una victoria que nadie celebra porque nadie sabe que existió. Cada conductor que decide no conducir bajo efectos es un pequeño homenaje involuntario a Iván, aunque esa persona nunca sepa su nombre.

Cuando terminó la ceremonia, los amigos de Iván se acercaron a abrazar a la madre. Todos habían crecido tanto en dos años y medio. Ya no eran los adolescentes desgarbados que ella recordaba. Eran jóvenes adultos.

—Gracias por compartir a Iván con nosotros —le dijo Pablo, y sus ojos estaban rojos de tanto llorar.

María José no supo qué responder. Simplemente lo abrazó. Abrazó a todos los amigos de su hijo, uno por uno, sintiendo en cada abrazo el peso compartido del duelo.

Cuando entró en su casa, el silencio la envolvió como siempre. Fue a su escritorio y sacó el libro de homenajes del cajón. Lo abrió por la última página, donde todavía había espacio en blanco. Tomó un bolígrafo y escribió con letra cuidadosa:

> 8 de junio de 2019. Hoy mi hijo fue nombrado Monitor Honorífico de CAL Madrid. Ojalá estuvieras aquí para verlo. Ojalá pudieras saber cuánto te querían. Cuánto te siguen queriendo. Tu luz nunca se apagará, hijo mío. Te lo prometo.

Cerró el libro y lo guardó de nuevo en el cajón. Después se fue a la cama, aunque sabía que tardaría horas en dormirse. Como

todas las noches desde hacía dos años, cinco meses y veintinueve días.

Monitor Honorífico de CAL Madrid. 2001-2016. Amor y pegamento. Siempre presente.

– • –

—CAPÍTULO 11—

# EL LEGADO DE IVÁN

-La muerte no es el final.

María José pronuncia estas palabras en voz baja mientras camina por las largas avenidas del cementerio de Carabanchel.

Es una mañana cualquiera de invierno, el aire fresco y el sol todavía tímido. A esta hora apenas hay nadie entre las tumbas. El viento silba con un sonido misterioso entre los cipreses y los álamos que al fondo envuelven el latido pétreo de la iglesia.

—La muerte no es el final —repite, mirando al suelo.

Han pasado años desde aquella noche. Años nadando contra olas, tormentas y tempestades. Algunos días hay calma momentánea —o la referida anestesia del dolor, como María José la llama, que aparece como quien pone su vida en «modo avión» al menos por unos instantes y hace más llevadero el dolor—. Otros días —los cumpleaños, los aniversarios, la Navidad—, las tempestades la arrastran de nuevo hasta el fondo del océano.

Pero sigue nadando.

Camina entre ese tumulto de apellidos desconocidos, esa ciudad de flores y mármol donde duermen los que han partido ya. Sus pasos conocen el camino de memoria. Cada nicho numerado, cada cruz que se alza contra el cielo de Madrid.

Se detiene frente a la lápida decorada con una paloma blanca (*ver página D*). El símbolo del grupo CAL donde Iván había sido tan feliz los sábados y en los campamentos. «Siempre juntos», había escrito su hijo años antes en una de esas notas que ella guardaba como reliquias. «Nunca olvides que estoy para ti y yo tampoco olvidaré que estás para mí».

La muerte no es el final porque Iván sigue aquí. En cada firma que recoge. En cada madre y padre a los que evita que pasen por

algo tan cruel. En cada reunión con políticos, periodistas, fiscales. En cada entrevista televisiva donde repite los mismos datos una y otra vez hasta que el país entero los conozca de memoria: 135 kilómetros por hora, multiplicaba por cuatro el alcohol permitido, treinta y ocho antecedentes penales, cuatro años de condena.

La muerte no es el final porque su legado sigue vivo.

Y ese legado está a punto de cambiar las leyes de España.

Es diciembre de 2017. Un año después de la muerte de Iván. La DGT lanza una nueva campaña publicitaria. María José la ve en televisión y siente que algo se rompe en su interior. El anuncio muestra la vida que le queda a una persona que ha cometido un delito vial. Sus años de libertad. Sus oportunidades. Su futuro.

No muestra a las víctimas. No muestra a las madres que se despiertan cada mañana deseando estar muertas. No muestra la cadena perpetua real: la de los supervivientes.

María José graba un audio en su teléfono móvil. La voz le tiembla. Apenas puede articular las palabras. «Dios mío», susurra al inicio. «Suena el despertador. Has de levantarte e ir a trabajar, pero pienso que yo lo único que quiero es morirme».

El audio llega al teléfono móvil de Pere Navarro a través de otra víctima de violencia vial. Pere Navarro lo escucha. Cualquiera que lo escuche sentiría que se le pone la piel de gallina. Detrás de esa voz quebrada hay tanto dolor, tanto, que se transmite como una descarga eléctrica.

Navarro responde. Quiere conocerla.

La primera reunión con Pere Navarro, director general de Tráfico, no fue planificada. Fue el resultado de un audio desesperado.

La oficina de la Dirección General de Tráfico en Madrid es un edificio funcional en la calle Josefa Valcárcel. Paredes de cristal y pasillos amplios. Pere Navarro recibe a María José en su despacho. Aunque lo más probable es pensar que el director de la DGT habría visto y oído multitud de casos, lo que María José le cuenta esa mañana le impacta de una manera que no esperaba.

—Hola, Pere. Buenos días —saluda María José.

—Hola, ¿qué tal? Buenos días. Bienvenida aquí. Muchísimas

gracias porque aquí nunca nos habíamos visto —responde Navarro.

María José le cuenta la historia. No necesita notas. Los datos están grabados en su memoria como cicatrices: 9 de diciembre de 2016, paseo del Prado altura Neptuno, 135 kilómetros por hora, Ford Focus robado, alcoholemia 1,76 gramos por litro de sangre, cocaína, alprazolam, treinta y ocho condenas previas.

Cuenta cómo el homicida vial salió del vehículo por sus propios medios. Cómo se sentó en el bordillo. Cómo intentó huir. Cómo seis meses después envió una carta desde prisión deseando «la pronta recuperación» de Iván.

Navarro escucha sin interrumpir. Cuando María José termina, hay un silencio denso en el despacho.

—Tu hijo estaba como tanta gente, tranquilo, cumpliendo, prudente —dice finalmente Navarro—. Y alguien se lo lleva por delante. Esto es lo que se llama violencia vial.

La conversación dura más de una hora. Hablan de cifras, de políticas públicas, de la necesidad de cambiar la percepción social. Hablan del artículo 142 del Código Penal, que establece penas de uno a cuatro años para el homicidio imprudente. Hablan de una impunidad estructural.

—¿Cómo va todo el proceso judicial y penal? —pregunta Navarro.

—Pues lamentablemente, como se le juzgó con la antigua ley del Código Penal, sin ningún tipo de reforma del artículo 142, pues le ha caído la máxima. Desde Fiscalía se pidió la máxima. La juez también le puso los cuatro años máximos —explica María José—. Considero que es una pena completamente insuficiente. La vida de mi hijo no vale cuatro años ni muchísimo menos. De hecho, lo que le ocurrió a mi hijo, yo considero que es un asesinato.

Navarro asiente. Conoce la realidad y/o limitaciones del sistema. Conoce la jurisprudencia que diferencia entre dolo eventual y homicidio imprudente. Conoce las restricciones legales que atan las manos de fiscales y jueces que quisieran penas más severas.

—Había consumido psicotrópicos, con una velocidad sumamente extremada —continúa María José—. Eso tiene que estar penado.

Es una actitud completamente voluntaria, como si yo ahora salgo a la calle con un arma.

Es en esa frase donde reside el núcleo de su argumentación legal: el coche, conducido bajo esas circunstancias, es un arma letal. Y quien empuña un arma conscientemente sabiendo que puede matar no comete imprudencia. Comete un crimen.

—Hoy por hoy, tal y como está escrita la ley, se habla de homicidio imprudente, reconoce María José. Pero precisamente es esa ley la que yo lucho por modificar. Se lo prometí a mi hijo. Yo no me quiero parar aquí.

Pere Navarro la mira con algo que podría ser admiración o podría ser tristeza o compasión, o todo a la vez.

Cuando María José sale del edificio de la DGT esa mañana, lleva en su bolso un compromiso: cuenta con el apoyo de Navarro para trabajar juntos para que la frase que ella repite como un mantra se convierta en política de Estado: «No quiero que haya más mamás de Iván».

Esa frase —simple, directa, devastadora en su sinceridad— bien podría convertirse en el primer eslogan hacia una movilización social contra la violencia vial nacional.

Lo que continúa es otra evidencia más del legado de Iván.

Julio de 2018. María José se sienta frente a su ordenador. Son las once de la noche. La casa está en silencio. En la pared frente a ella, una fotografía de Iván. La de su sonrisa. Abre la página de Change.org. Crea una cuenta. Comienza a escribir.

No contrata a ningún experto en marketing digital. No consulta con ningún gabinete de comunicación. Solo escribe desde las tripas, desde el dolor, desde esa rabia focalizada que se ha convertido en su combustible diario.

El título es directo, imposible de ignorar: «Justicia para Iván: Reforma del Código Penal contra la violencia vial».

Sube la fotografía de su hijo. Después vienen los datos. Los mismos que ha repetido en comisarías, juzgados, hospitales, entrevistas televisivas. Los mismos que conoce de memoria como una letanía que nunca termina:

> El 9 de diciembre de 2016, mi hijo Iván, de quince años, fue brutalmente embestido mientras esperaba el autobús en una marquesina del paseo del Prado de Madrid. El conductor circulaba a 135 km/h en zona urbana, multiplicaba por siete la tasa de alcohol permitida, había consumido cocaína y alprazolam, y acumulaba treinta y ocho condenas previas. Conducía un coche robado. Salió del vehículo por sus propios medios e intentó huir del lugar de los hechos.
>
> Mi hijo sufrió lesiones incompatibles con la vida. Falleció once días después en la UCI del Hospital Gregorio Marañón.
>
> Su asesino ha sido condenado a solo cuatro años de prisión por homicidio imprudente.
>
> Esto no fue un accidente. Fue un crimen.

Después explica la propuesta legislativa. Ha estudiado el Código Penal como si fuera su nuevo manual de instrucciones médico. Ha consultado con abogados especializados en derecho penal. Ha analizado el modelo francés, donde las penas por homicidio vial pueden alcanzar los diez años de prisión en casos de reincidencia o circunstancias agravantes.

La propuesta es técnica pero clara: modificar el Código Penal —el artículo 382— para aumentar las penas en uno o dos grados cuando concurran circunstancias agravantes. Eso elevaría el máximo de cuatro a nueve años de prisión.

> Necesitamos que el Congreso de los Diputados apruebe una reforma del Código Penal que tipifique adecuadamente el homicidio vial. No son accidentes. Son siniestros viales causados por conductores que eligen ponerse al volante bajo los efectos de drogas y alcohol, con velocidades extremas, con vehículos robados, con decenas de condenas previas.
>
> Firma esta petición para que mi hijo Iván no haya muerto en vano. Para que ninguna madre más tenga que pasar por esto. Para que las leyes de este país protejan a las víctimas y castiguen a los criminales como lo que son: asesinos.

Pulsa el botón de publicar a las dos de la madrugada. Se va a dormir sin grandes esperanzas. Es una plataforma digital más. Una firma electrónica más. Una voz más entre millones.

No sabe que acaba de iniciar un tsunami. Empieza un contador de firmas:

Semana 1:1.247 firmas; semana 2: 8.932 firmas; mes 1: 34.891 firmas; mes 3: 89.456 firmas; mes 6: 156.023 firmas; mes 12: 223.667 firmas… Haciendo un total de 265.478 firmas.

Los números crecen como una marea imparable. Cada firma representa una persona que ha leído la historia de Iván. Una persona que ha sentido la injusticia. Una persona que dice: «basta».

Las firmas vienen de toda España. De Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla. Pero también de pueblos pequeños de Soria, de aldeas de Galicia, de islas del Mediterráneo. Vienen de jóvenes de veinte años y de ancianos de ochenta. De madres que ven en María José su peor pesadilla hecha realidad. De padres que abrazan a sus hijos con más fuerza después de leer la historia.

Cada firma incluye un comentario. Miles de comentarios que María José lee uno por uno durante meses:

> Por Iván y por todas las víctimas de la violencia vial. No son accidentes.
>
> Madre, tu lucha es nuestra lucha. No estás sola.
>
> Mi hermano murió así hace tres años. El conductor solo cumplió dos años. Gracias por alzar la voz.
>
> Soy policía de tráfico. He visto demasiados Ivanes. Esto tiene que cambiar.
>
> Que el legado de tu hijo cambie las leyes de este país.

La campaña adquiere vida propia. Se comparte en redes sociales. Aparece en periódicos digitales. Salta a la televisión. María José empieza a recibir llamadas de periodistas, de asociaciones de víctimas, de diputados que quieren conocer su propuesta.

Y entonces, lo imposible sucede: una proposición de ley llega al Congreso de los Diputados.

En la primavera del 2019. Han pasado tres años después de la muerte de Iván. María José se presenta en el edificio del Congreso en la Carrera de San Jerónimo. No viene como ciudadana. Viene como portavoz de 265.478 personas que exigen justicia. La proposición de ley que se presenta en el hemiciclo recoge punto por punto las demandas que María José ha articulado en estos años. Es un documento técnico, jurídico, árido

en su redacción legal. Pero detrás de cada artículo, de cada párrafo, de cada coma, está Iván. Están los once días en la UCI. Están los cuatro años de condena que María José considera una burla. Está la promesa que le hizo a su hijo postrado —en la cama UCI— del Hospital Gregorio Marañón.

La tramitación parlamentaria es lenta. Las leyes no se aprueban en semanas ni en meses. Requieren comisiones, ponencias, debates, enmiendas, votaciones. Requieren consenso político en un país polarizado donde cualquier reforma del Código Penal genera controversia.

Pero María José ha aprendido a tener paciencia. Ha aprendido que la justicia no es un esprint, es un maratón. Y ella está dispuesta a correr durante décadas si hace falta.

Porque la muerte no es el final.

Para el otoño de ese mismo año 2019, María José comparece ante la Comisión de Justicia del Congreso. La sala es austera pero alza la voz desde la memoria, desde las entrañas, desde ese lugar donde el dolor se ha convertido en claridad cristalina. Cuenta la historia que ya conocen. Pero los detalles siguen impactando. La diferencia entre homicidio imprudente y homicidio doloso.

El debate se extiende durante horas. Hay consenso en que algo debe cambiar. Pero discrepan en el cómo. Algunos abogan por penas más severas. Otros por mecanismos de prevención. Algunos quieren mantener la distinción entre dolo eventual e imprudencia.

María José escucha los debates técnicos con la paciencia de quien sabe que la burocracia es lenta pero inevitable. Al final de la sesión, cuando le preguntan si tiene algo más que añadir, se pone de pie y dice:

—Yo no quiero venganza. Quiero prevención. No quiero que haya más mamás de Iván. Y si esta reforma evita una sola muerte, si salva una sola familia de pasar por lo que nosotros hemos pasado, habrá valido la pena cada firma, cada entrevista, cada lágrima.

La sala queda en silencio. Las leyes no cambian en un día. Pero

ese día algo cambió en el Congreso de los Diputados.

Después, múltiples serían las intervenciones de la madre de Iván en los medios de comunicación. Cada aparición mediática tenía un objetivo claro: cambiar la narrativa nacional sobre violencia vial. Repitiendo:

—No son accidentes. Son siniestros. Son crímenes. Y necesitamos leyes que lo reconozcan.

Así se convierte en la cara visible de un movimiento que agrupa a cientos de familias destrozadas por la violencia vial. Madres que han perdido hijos. Padres que han perdido hijas. Hermanos, esposos, amigos. Todos unidos por una tragedia común y una exigencia compartida.

Las entrevistas son agotadoras. Cada vez que cuenta la historia, revive el trauma. Cada vez que describe las lesiones de Iván, siente las heridas en carne propia. Cada vez que menciona la carta desde prisión, vuelve a experimentar esa náusea existencial de enfrentarse a la psicopatía pura.

Pero sigue adelante. Porque ha aprendido que hablar, expresar, compartir el dolor es lo más terapéutico que existe. Y porque cada aparición mediática es una oportunidad de cumplir la promesa que le hizo a Iván.

—Mi hijo tenía quince años. Quería ser ingeniero. Quería viajar por el mundo. Quería ayudar a la gente. ¡Quería cambiar el mundo! Y ahora, aunque él ya no está, su legado sigue ayudando. Sigue salvando vidas. Sigue cambiando leyes. —Lo de cambiar el mundo se lo dijo a una profesora, en el colegio, que preguntó uno por uno qué querían ser de mayores. Nada propio para un joven contestar en voz alta a esa mítica pregunta: «¡Quiero cambiar el mundo!».

María José le habla:

—265.478 personas firmaron por ti. Por nosotros. Por todas las víctimas de la violencia vial. Es un ejército, Iván. Un ejército de gente que dice: «basta».

Es solo el comienzo de una lucha que no terminará hasta que se integre en cada poro de la sociedad la gravedad real de la violencia vial.

Hasta que no haya más mamás de Iván.

Hasta que la marquesina de Neptuno deje de ser un lugar de tragedia para convertirse en un símbolo que lo cambió todo para siempre.

Es el legado de Iván hecho persona.

– • –

## – Epílogo –

Es 29 de noviembre de 2024. Viernes. Madrugada.

—María José. Ha pasado otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—La marquesina. Neptuno. Otra vez.

Los titulares de prensa decían*:* «Muere un joven y otro resulta gravemente herido al ser atropellados en una marquesina de la plaza de Neptuno de Madrid». Especificaban en el cuerpo de la noticia: «En esa misma marquesina un menor de quince años, Iván, murió también atropellado en diciembre de 2016».

Varios testigos también afirmarían que conducía a alta velocidad y las pruebas practicadas dieron como resultado 1,84 gramos de alcohol, además de la confirmación de la ingestión de sustancias estupefacientes.

El conductor iba también drogado y cuadruplicaba la tasa de alcohol.

La misma marquesina (*ver página E*).

El mismo lugar exacto donde se encontró con la oscuridad hacía ya ocho años. Allí otro joven que, como Iván, esperaba volver a casa. Un joven que, como Iván, se sentó en el lugar equivocado a la hora equivocada. Un joven que, como Iván, no tuvo tiempo de reaccionar cuando el coche se subió a la acera a velocidad elevada. Tenía veinticinco años. Tenía. Su madre también estaría destrozada. Su madre también recibió la llamada que no se recibe. Su madre también es ahora una sombra de lo que era.

Hay una palabra que María José aprendió hace poco. Una palabra que la Federación Española de Padres de Niños con Cáncer propuso para nombrar lo innombrable: «huérfilo». Combina la raíz latina de «huérfano», la pérdida, con «filius», hijo. Vacío de hijo. Privado de hijo. La Real Academia Española no la reconoce todavía, como si al negarle un lugar en el diccionario pudiera negar también la realidad que describe. Cuando un niño pierde a sus padres, es huérfano. Cuando una mujer pierde a su marido, es viuda. Pero cuando una madre pierde a su hijo, el idioma se queda mudo. Como si el lenguaje mismo se rompiera ante algo tan antinatural que no merece nombre. «Huérfilo». María José deja que la palabra caiga pesada en su mente. «Huér-fi-lo». Ella es eso. La madre del joven de veinticinco años es eso. Miles de padres en España son eso. Palabras que no deberían existir para describir dolores que no deberían existir. Pero existen. Como esta marquesina existe. La misma marquesina volvió a ser testigo de una tragedia.

Y llegó el 9 de diciembre de 2025. Nueve años exactos.

María José vuelve a la marquesina. Como cada año. Como cada 9 de diciembre desde 2016.

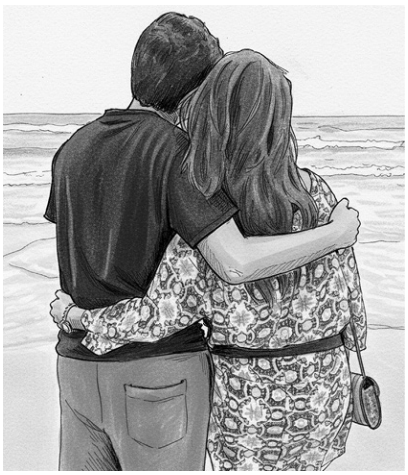
Hay flores nuevas. Rosas rojas junto a sus claveles. Otra familia destrozada por la misma marquesina. Otros padres que nunca debieron estar allí pero que el dolor trajo hasta esa marquesina de metal y cristal.

Mira el tráfico que no se detiene. Los coches que pasan veloces. Los conductores que no aprenden. La ciudad que no cambia.

Houda, una buena amiga de María José, le escribió una vez palabras que resumen el abismo de cualquier pérdida devastadora:

> Cuando llegaste al mundo fuiste mi alegría, y cuando te fuiste comenzó mi agonía. Faltan palabras para describir el vacío que dejó tu partida. ¿Por qué existen finales de tal devastación? Con tu ausencia, la primavera se tornó invierno. Un invierno que permanece en el interior mientras dure la ausencia. ¿Qué faltó por decir? Todo se rebobina una y otra vez buscando respuestas. Y, al final, lo único que queda es repetir: te amo. Te amo. Te amo.

La marquesina de Neptuno sigue ahí (*ver página F*).
Cristal y metal.
¿Indiferente?



– • –

# – Epílogo –

Es 29 de noviembre de 2024. Viernes. Madrugada.

—María José. Ha pasado otra vez.

—¿Qué ha pasado?

—La marquesina. Neptuno. Otra vez.

Los titulares de prensa decían*:* «Muere un joven y otro resulta gravemente herido al ser atropellados en una marquesina de la plaza de Neptuno de Madrid». Especificaban en el cuerpo de la noticia: «En esa misma marquesina un menor de quince años, Iván, murió también atropellado en diciembre de 2016».

Varios testigos también afirmarían que conducía a alta velocidad y las pruebas practicadas dieron como resultado 1,84 gramos de alcohol, además de la confirmación de la ingestión de sustancias estupefacientes.

El conductor iba también drogado y cuadruplicaba la tasa de alcohol.

La misma marquesina (*ver página E*).

El mismo lugar exacto donde se encontró con la oscuridad hacía ya ocho años. Allí otro joven que, como Iván, esperaba volver a casa. Un joven que, como Iván, se sentó en el lugar equivocado a la hora equivocada. Un joven que, como Iván, no tuvo tiempo de reaccionar cuando el coche se subió a la acera a velocidad elevada. Tenía veinticinco años. Tenía. Su madre también estaría destrozada. Su madre también recibió la llamada que no se recibe. Su madre también es ahora una sombra de lo que era.

Hay una palabra que María José aprendió hace poco. Una palabra que la Federación Española de Padres de Niños con Cáncer propuso para nombrar lo innombrable: «huérfilo». Combina la raíz latina de «huérfano», la pérdida, con «filius», hijo. Vacío de hijo. Privado de hijo. La Real Academia Española no la

reconoce todavía, como si al negarle un lugar en el diccionario pudiera negar también la realidad que describe. Cuando un niño pierde a sus padres, es huérfano. Cuando una mujer pierde a su marido, es viuda. Pero cuando una madre pierde a su hijo, el idioma se queda mudo. Como si el lenguaje mismo se rompiera ante algo tan antinatural que no merece nombre. «Huérfilo». María José deja que la palabra caiga pesada en su mente. «Huér-fi-lo». Ella es eso. La madre del joven de veinticinco años es eso. Miles de padres en España son eso. Palabras que no deberían existir para describir dolores que no deberían existir. Pero existen. Como esta marquesina existe. La misma marquesina volvió a ser testigo de una tragedia.

Y llegó el 9 de diciembre de 2025. Nueve años exactos.

María José vuelve a la marquesina. Como cada año. Como cada 9 de diciembre desde 2016.

Hay flores nuevas. Rosas rojas junto a sus claveles. Otra familia destrozada por la misma marquesina. Otros padres que nunca debieron estar allí pero que el dolor trajo hasta esa marquesina de metal y cristal.

Mira el tráfico que no se detiene. Los coches que pasan veloces. Los conductores que no aprenden. La ciudad que no cambia.

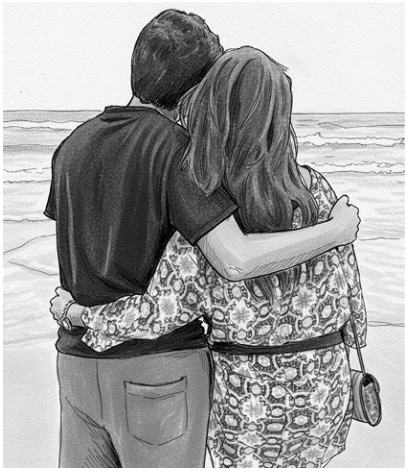
Houda, una buena amiga de María José, le escribió una vez palabras que resumen el abismo de cualquier pérdida devastadora:

> Cuando llegaste al mundo fuiste mi alegría, y cuando te fuiste comenzó mi agonía. Faltan palabras para describir el vacío que dejó tu partida. ¿Por qué existen finales de tal devastación? Con tu ausencia, la primavera se tornó invierno. Un invierno que permanece en el interior mientras dure la ausencia. ¿Qué faltó por decir? Todo se rebobina una y otra vez buscando respuestas. Y, al final, lo único que queda es repetir: te amo. Te amo. Te amo.

La marquesina de Neptuno sigue ahí (*ver página F*).

Cristal y metal.

¿Indiferente?



— • —

# UNA ÚLTIMA PARADA…

El mar inspira, calma, alivia, permite respirar profundo. Sana. A menudo María José se desahoga junto a las olas. En la inmensidad del mar, necesita pedirle de algún modo saber que sigue ahí, en alguna parte, de alguna forma.

Se sienta frente al agua. Cierra los ojos. Y habla:

—Hijo, necesito una señal.

Lo dice en voz alta. No le importa quién la escuche. Ha aprendido que la locura y el duelo tienen fronteras difusas, que hablar sola es su forma de no estarlo.

Abre los ojos.

Y ahí está.

Una mariposa blanca.

Revolotea alrededor de ella. Se posa en su hombro. Permanece ahí, quieta, como si supiera que no debe irse todavía. Como si tuviera un mensaje que entregar y necesitara confirmar que ha sido recibido.

No es la primera vez. Ni la segunda. Ni la décima.

Las mariposas blancas aparecen cuando María José las necesita. En el cementerio, posadas sobre la lápida de Iván justo cuando ella llega rota, sin fuerzas para seguir. En días grises, cuando camina por la calle pensando si merece la pena llegar a casa. En momentos de silencio insoportable, cuando el vacío amenaza con tragarla entera.

—Mami, aquí estoy.

Eso es lo que dicen las mariposas. Eso es lo que María José escucha cada vez que aparecen. Y no es fe ciega. Es repetición. Es patrón.

Los símbolos del infinito también la persiguen. O la acompañan. Depende de cómo se mire ∞, el 8 era el número de la camiseta de

baloncesto que llevaba Iván cuando jugaba.

Aparecen en todas partes. Dibujados con tiza en la acera de camino al trabajo. Grafitis en paredes que María José nunca había mirado antes. Joyas que la gente le regala sin saber por qué eligieron ese símbolo. Tatuajes en brazos de desconocidos que se cruzan con ella justo cuando necesita verlos.

—De manera redundante —dice María José. Redundante hasta que dejas de poder ignorarlo. El infinito la busca. Y ella lo busca a él en cada ∞ que aparece. Como coordenadas en un mapa invisible que solo ellos dos pueden leer. Y sonríe.

También hay canciones que cuando suenan traen respuestas, señales, mensajes que la impulsan a seguir que se traducen en: que siga; que luche; que grite; que no se detenga. Eso es lo que escucha cuando a veces se complican las circunstancias y las relaciones y suena de fondo «Déjala que baile» de Melendi, que en su letra dice: «A ella ni tú ni nadie le para los pies», refiriéndole la lucha que ha emprendido para hacer justifica. Pero también hay otras. Las que María José se pone a sí misma cuando cae. Cuando todo pesa demasiado y está a punto de tirar la toalla. «Mujer de las mil batallas» de Manuel Carrasco. «No dejes de soñar». Las que le recuerdan que ella es la mujer de las mil batallas ahora.

Hay otra canción que suena cuando María José está a punto de rendirse. Cuando piensa que no puede más. Cuando el sistema vuelve a fallarle. Cuando está tan cansada que solo quiere cerrar los ojos y no abrirlos nunca más.

Entonces suena.

En la radio del coche, de fondo en un supermercado. Suena. «Mi héroe», de Antonio Orozco. La canción no aparece para hacerla llorar. Aparece para empujarla. Para recordarle que él sigue ahí. Que la está viendo. Que cuenta con ella. «Por siempre serás mi héroe». Es un empujón. Una señal. Estoy aquí. No te detengas. Sigue luchando por los dos.

María José prometió tres cosas a su hijo.

La primera: terminar con la impunidad de la violencia vial. Esa batalla continúa, cada día, en juzgados y en el Congreso, en

asociaciones de víctimas y en cada familia destrozada que encuentra en ella una voz. No ha terminado. La segunda: dedicarle una canción. Y la tercera: reflejar la verdad en un libro.

Este libro.

No para que Iván sea recordado como una víctima más de las estadísticas, sino para seguir con el legado de Iván: «cambiar el mundo» o al menos dejarlo un poquito mejor de como nos lo encontramos.

María José lo prometió. Y cumple sus promesas:

—Pienso cumplir todo lo prometido y reflejar la verdad en nuestro libro. Aquí está nuestro libro. Aquí está tu libro. Te quiero infinito.



– • –

# CANCIÓN DEDICADA A IVÁN

LETRA:

*Sigue siendo el amor de mi vida mi motor,*
*hijo mío un día te prometí una canción*
*y sé que te va a llegar hasta el cielo,*
*calmando el dolor que por tu ausencia padezco.*
*A veces creo que siempre has sido un ángel*
*que por cuidar de todos a este mundo bajaste*
*yo ya sabía que era inmensa tu bondad,*
*dejaste una huella que jamás se borrará.*
*Por nueve meses compartimos los latidos*
*mas mi corazón no late desde que te has ido.*

*Siempre serás mi razón de vivir*
*he iniciado esta batalla por ti.*
*Terminar con la violencia vial*
*y sé que tu luz me ayudará a ganar.*
*Pienso cumplir todo lo prometido y*
*reflejar la verdad en nuestro libro.*
*Cada vez que veo mariposas blancas*
*con su revoloteo siento que me hablas.*

*Aquella llamada a todos nos rompió*
*un demonio en tu camino se cruzó*
*una cadena de amor y de cariño*
*se mantuvo hasta tu último suspiro.*
*El amor de madre no tiene fronteras*
*el tiempo y esta dimensión atraviesa.*
*Solamente se va quien no es recordado*
*y te aseguro que yo te siento a mi lado.*

*Ojalá mi roto corazón se reparara*
*eres el pegamento que todo lo pegaba.*

*Siempre serás mi razón de vivir*
*he iniciado esta batalla por ti.*
*Terminar con la violencia vial*
*y sé que tu luz me ayudará a ganar.*
*Pienso cumplir todo lo prometido*
*y reflejar la verdad en nuestro libro.*
*Cada vez que veo mariposas blancas*
*con su revoloteo siento que me hablas.*



– • –

*En memoria de Iván Plaza Jiménez*

# – Agradecimientos –
# ÁNGELES EN EL CAMINO

Hay personas que aparecen en los momentos más oscuros de tu vida y te sostienen cuando ya no puedes mantenerte en pie. María José está convencida de que fueron elegidos y enviados por Iván para poder seguir caminando; para que no estuviera sola. Ángeles con rostro humano. Por esto está infinitamente agradecida a:

A Iván, su hijo.

Porque este libro existe gracias a él. Le agradece los quince años más luminosos que jamás vivirá. Quince años que fueron cortos en el calendario, pero infinitos en luz, en bondad, en plenitud. Le agradece la bendición de haberla hecho madre. De haberla elegido para acompañarlo en su paso por este mundo. Le agradece haber conocido a una persona que dignificaba la condición humana con cada sonrisa, con cada gesto de nobleza natural. Iván ha dejado una estela inmensa, un camino que ahora otros siguen. Él quería cambiar el mundo. Y lo está consiguiendo. Su vida no ha sido en vano. Le ha dado un para qué: luchar para acabar con la violencia vial, para que ninguna otra madre tenga que vivir este infierno. Cada vida que se salve será su legado.

Al equipo del SAMUR que llegó a la marquesina aquella noche. Agradecida porque, aunque las lesiones con la que se encontraron fueran a priori incompatibles con la vida, un pronóstico que gritaba «imposible», y lo fácil habría sido desistir, trabajaron con una precisión impecable mientras el reloj corría en contra. Cada segundo que Iván ganó en esa marquesina fue porque ellos se negaron a rendirse. Porque decidieron que mientras hubiera un latido, habría esperanza. Gracias por darle esos minutos de vida que les permitieron despedirse.

A las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad que actuaron esa noche. Tanto por custodiar aquel escenario con profesionalidad como por evitar que huyera siempre desde un trato lo más humano posible.

Al Hospital Gregorio Marañón. Por apostar por la vida de Iván cuando los números decían que era poco probable. Por no rendirse ante las estadísticas. Por poner a su disposición todo lo humana y materialmente disponible. En concreto a los neurocirujanos que propusieron traer el *stent* de Israel. Un tratamiento costoso pero una carta con la que apostarían un todo. Una mención especial merece esa persona anónima, ese gerente del hospital cuya firma autorizó un presupuesto elevado. Alguien que, en un despacho, mirando cifras que gritaban «inviable», decidió que la humanidad pesaba más que el coste económico. Que la esperanza valía más que una línea presupuestaria. Que un chico de quince años merecía que se pusiera a su alcance todo lo posible, aunque las probabilidades fueran casi reducidas. Esa firma en un papel fue un acto de fe en la vida. Fue apostar por lo imposible. María José nunca sabrá su nombre, pero nunca olvidará que existió alguien que, en medio de la burocracia hospitalaria, priorizó a Iván sobre los números.

Muchos son los que acompañaron a María José en los momentos de la UCI, que estuvieron cada día en la UCI del Gregorio Marañón. Cada maldito día. Cuando se cortaba la respiración, cuando el mundo se desmoronaba, cuando las máquinas conectadas al cuerpo de Iván eran lo único que les separaba del final definitivo. Alberto, Juan y Gloria, médicos y amigos, fueron los que ayudaron a María José a tomar decisiones médicas. María José en ese momento era madre, no médica, y depositó en ellos esa parte más técnica cuando la situación apretaba sin piedad y ahogaba el alma.

Al doctor Jesús Porta. Hay médicos que curan cuerpos y hay médicos que acompañan almas. Él ayudó a María José a tomar la decisión más difícil. Le explicó la verdad. Le dio tiempo cuando lo necesitó.

A Nazaret. En el caos del hospital, su rostro fue refugio. Su voz

fue calma. Los profesionales sanitarios que no solo atienden, sino que entienden, que no solo curan, sino que cuidan. Que saben que detrás de cada paciente hay una familia que se está muriendo también.

A Carmen Vivancos. La fiscal que llevó el caso de Iván. Desde el primer momento se mostró empática, abrió las puertas de la Fiscalía cuando muchas otras se cerraban. No fue solo la profesional impecable que la familia necesitaba; fue la persona que comprendió que detrás de los papeles había una familia, una madre destrozada buscando justicia. Ella fue la mano ejecutora de Bartolomé Vargas, trabajando incansablemente para que la muerte de Iván no quedara impune.

A Bartolomé Vargas. El anterior fiscal de Seguridad Vial siempre abrió las puertas de su despacho. En el encontró lo que tan desesperadamente necesitaba: apoyo, comprensión, empatía. Alguien que entendía que esto no era un «accidente de tráfico» más. Alguien que también sabía que detrás de las estadísticas hay nombres, rostros, vidas truncadas.

A Macarena. La secretaria del fiscal de Seguridad Vial. Su profesionalidad y su calidez humana hicieron posible que cada gestión, cada trámite, cada papel necesario se tramitara con la diligencia que el caso requería. Su eficiencia fue el aceite que permitió que la maquinaria de la justicia avanzara.

A Esperanza, su abogada. En esos días imposibles, Esperanza no fue solo una profesional impecable. Fue compasión y firmeza en dosis exactas. La preparó para cada paso del proceso judicial. Le dio un hilo de esperanza para seguir luchando cuando todo parecía perdido. La sostuvo. Gracias por acompañarla con humanidad en el momento en que más lo necesitaba.

A Pere Navarro. Director general de Tráfico. Cuando María José se reunió con él, no encontró a un burócrata detrás de un escritorio. Encontró a alguien que la escuchó, que validó su dolor, que entendió que los fallecidos en carretera no son números sino personas con familias cruelmente destrozadas. Gracias a su mujer Carmen también, por su aliento y acompañamiento a pesar del paso del tiempo en todo momento.

A la Asociación Stop Accidentes. Su hermandad en el dolor. Las madres, los padres, los hermanos que como ella perdieron a sus seres queridos por culpa de criminales al volante. Ellos sabían. Sabían el peso de cada aniversario, la soledad de cada Navidad, la rabia de ver cómo el sistema llama «accidente» a lo que fue un homicidio. Con ellos María José no tuvo que explicar nada. Con ellos no tuvo que fingir que estaba mejor. Con ellos pudo ser exactamente lo que era: una madre rota intentando que su hijo no muriera en vano. En especial, gracias a Ana, Fernando y Gema. Su fuerza fue contagiosa. Su impulso, necesario. Cuando María José flaqueaba, ellos le recordaban por qué seguir. Fueron los guerreros que le enseñaron que el dolor también puede convertirse en lucha y puede ser combustible para el cambio.

Y a todos los amigos que la acompañaron en la UCI. Los que acudieron, aunque no supieran qué decir. Los que se quedaron en silencio porque entendieron que no había palabras. Los que lloraron con ella.

Y a los que siguen conmemorando y acompañando el legado de Iván. A la profesora Imma y al profesor Diego Millán, que hacen que Iván siga estando presente en su colegio, vivo en el recuerdo de cada generación que pasa por esas aulas. Gracias por no dejar que su nombre se borre, por mantener encendida su luz entre los estudiantes que nunca llegaron a conocerlo pero que conocen su huella. A Esperanza, su profesora, que transformó el dolor en acción y creó experiencias de voluntariado en su nombre porque sabía que la solidaridad era su esencia. A Laura, que cada vez que baila transforma el dolor en sonrisa. A Elena y a José, del Grupo El Sur, esa formación musical que con voz, guitarra española y cajón flamenco nos acercan un poquito a Iván y a su Cádiz querido. A los amigos de Iván de Madrid y a los del pueblo «Resacón en las eras», que mantienen viva su luz en cada encuentro, en cada recuerdo compartido, en cada vez que pronuncian su nombre sin que el tiempo haya borrado nada. Iván siempre fue generoso. Siempre compartió todo. Siempre unió a las personas en lugar de separarlas. Y cuando se fue, dejó a su madre rodeada de ángeles. Cada uno de ellos fue un mensaje suyo:

«Mamá, no estás sola. Yo sigo cuidándote».

A sus padres. Los padres de María José perdieron a un nieto y perdieron a una hija. Porque ella de alguna manera también murió aquel día. La María José que ellos criaron, la que reía, la que bromeaba, se fue con Iván. Lo que quedó fue otra persona. Una madre rota que apenas puede sostenerse. Ellos sufren como abuelos la ausencia de Iván y sufren también como padres viendo a su hija que respira, pero que dejó de vivir. Gracias por el cobijo cuando ya no tenía fuerzas. Gracias por no pedirle que fuera quien ya no es. Gracias por sostenerla cuando el mundo se derrumbó y por seguir sosteniéndola cada día desde entonces.

A la familia. A todos los que han estado y están aun cuando no había palabras. Los que no se han cansado de llamar, aunque ella no pudiera contestar. Los que han sido refugio cuando ya no veía salida. Los que le han dado las pocas razones que aún tiene para seguir adelante. Su amor incondicional ha sido el salvavidas al que se ha aferrado en los días más oscuros. Especialmente gracias al cielo, gracias a su querida Pepi. Su prima hermana. Sostuvo el alma de María José cuando ella ya no podía hacerlo. Lloró con ella, aguantó sus silencios, entendió su rabia. Nunca la soltó. Que aunque estuviera rota, no estaba sola. Ahora Pepi también se ha ido, pero su amor sigue sosteniéndola desde donde esté.

A sus amigos. Los que han sabido estar sin invadir. Los que han comprendido que hay días en los que María José no puede ser la persona que fue. Los que han seguido llamando, aunque las respuestas tardaran semanas. Los que no han esperado que volviera a ser la misma, porque entienden que esa persona ya no existe.

A sus compañeros de trabajo. A los anteriores, cuando aconteció todo, con mención especial a la familia González, y a los compañeros actuales. Gracias por sostenerla cuando llegaba con el alma destrozada. Por entender sus silencios, sus ausencias, sus días imposibles. Por no juzgarla cuando las lágrimas aparecían sin avisar. En ellos y en su trabajo ha encontrado un motivo para seguir levantándose cada mañana. Porque cuidar a otras personas es también un tributo a Iván. El trabajo que realizan

también es un tributo a la generosidad que su hijo emanaba. La ayuda a los demás que Iván vivió con naturalidad, María José ahora la practica como legado.

A todas las madres sin hijos. A las otras huérfilas. Las que también conocen las tres de la madrugada cuando el mundo duerme pero el dolor no te deja respirar. Las que entienden sin palabras. Con ellas María José no tuvo que fingir que estaba bien, no tuvo que disculparse por llorar en mitad de una frase, no tuvo que explicar por qué hay días en los que levantarse de la cama es una victoria imposible. En esas noches eternas en las que el silencio ahoga, siempre había alguien despierto al otro lado del teléfono. Alguien que sabía exactamente qué se siente cuando tu hijo ya no está. Alguien que le daba aliento cuando ya no le quedaban fuerzas. Gracias por ser la tribu que nadie querría tener pero que todos necesitan. Por rescatarla en la oscuridad. Por recordarle que el dolor es así de grande porque el amor también lo fue.

A Borja, su psicólogo. Hay heridas que no se curan, pero se puede aprender a vivir con ellas. Borja le enseñó eso. Le explicó el proceso de duelo. Le puso nombre a cada fase, a cada oleada de dolor que llegaba sin avisar. Le dio herramientas para entender. Le dio las muletas emocionales que necesitaba para caminar pese a la invalidez que supone perder a un hijo. Porque eso es lo que es: una amputación del alma. Y Borja no le prometió que el dolor desaparecería. Le enseñó a sobrevivir con él. A reconocerlo cuando llega. A entender que no está rota, que está atravesando lo más antinatural que puede vivir un ser humano. Gracias por darle el mapa cuando todo era oscuridad. Por explicarle que lo que siente es normal, aunque sea insoportable.

A los profesionales de los medios de comunicación que se cruzaron en su camino. A aquellos que apostaron por un relato veraz, humano, que impacta pero que es responsable. Los que entendieron que detrás de la noticia había una madre destrozada, no un titular sensacionalista. Los que dieron visibilidad al dolor sin convertirlo en espectáculo. Ese trato tan riguroso y sensible dignifica la profesión periodística y convierte la información en

servicio público. Gracias por darle la oportunidad de gritar en un micrófono cuando ya nadie más la escuchaba. Por sostenerla cuando frente a las cámaras las palabras no salían y solo brotaban lágrimas. Por aceptar ese momento de quiebre, por acompañarla en ese trance sin apagarla, sin editarla, sin pedirle que controlara su dolor para que la toma saliera perfecta. Por respetar su testimonio tal como era: crudo, roto, real. Porque entendieron que esas lágrimas también eran parte del mensaje. Que el dolor sin filtros era necesario para que llegara a más gente, para que otros padres vieran reflejado su propio infierno y supieran que no estaban solos. Para que la sociedad entendiera que esto no son «accidentes».

La madre de Iván no sabe si algún día el dolor será más pequeño. No sabe si algún día podrá recordar sin que se le rompa el pecho. Pero sabe que, sin ellos, no habría sobrevivido estos años. Cada uno fue una mano que la levantó cuando ya no podía más. Cada uno fue luz cuando todo era oscuridad. De entre todas las personas, María José señala a muchos como ángeles en la tierra. Personas que estuvieron, están y estarán de una manera especial. Cada uno de ellos, al leer estas líneas, sabrá quién es. Todos con una misión, un cometido: recordarle que no está sola, que siga, que Iván la cuida desde donde esté. Gracias infinitas a cada uno de ellos.

Al poco de conocernos, María José me dijo un día que era uno de esos ángeles en la tierra. Que me había elegido como uno de esos ángeles para escribir este libro, para hacer infinita su historia. A mi juicio, son palabras mayores, demasiado grandes quizá para mí. La verdad es otra: soy yo quien está profundamente agradecida por este privilegio y esta bonita aunque difícil y dolorosa responsabilidad. Por poder contar, por hacer que más gente tenga la suerte de poder conocer la luz de Iván.

Agradecida a María José por tener la valentía de desnudar su alma conmigo. Por compartir su vulnerabilidad, su dolor, pero sobre todo su mayor tesoro: su hijo. Por confiarme los pedazos rotos de su corazón y permitirme reconstruirlos en palabras. Me ha transformado; me ha cambiado la mirada. Me recordó lo

valioso de cada momento con mi propia hija. Me enseñó que la vida es frágil y que el amor es lo único que permanece cuando todo lo demás se desmorona. Gracias, María José.

Gracias a Nicolás, mi marido, por el apoyo y amor incondicional. Por la familia que hemos construido. Por ser y estar siempre presente haciendo que todo sea parte de nuestra historia. Tiene el don de hacer que las cosas pasen y la capacidad de recordarme, en los momentos más oscuros, que todo saldrá bien. Le admiro profundamente y no me imagino una vida sin él, sin su alegría, sin sus nuevas y originales ideas. Nunca deja de sorprenderme y justo eso hace que todo se tiña de una maravillosa locura que hace que hasta un lunes sea especial.

A mi hija Martina. Naciste un 9 de diciembre, el mismo día pocos años después de aquella trágica noche del atropello de nuestro Iván. No sé si es casualidad o si es la forma que tiene la vida de tejer hilos invisibles entre las historias. La vida, siempre terca, siempre insiste. Eres mi pequeña gran revolución, has hecho que mi vida cambiara para siempre, lo llenas todo de alegría y me reinicias la vida cuando me acaricias con esas manitas, cuando vienes a refugiarte entre mis brazos. Cuando me atraviesas el corazón con esa mirada tan pura, tan llena de amor. Los dos sois mi todo. Nada de mi vida tendría sentido ni valor sin vosotros. Sois el ancla y las alas al mismo tiempo.

A mis padres, Javier y Lourdes. Ellos sembraron en mí la conciencia de una conducción responsable y consciente. Me enseñaron que, que detrás del volante no solo llevamos nuestro propio destino sino también el de quienes nos rodean. Durante muchos años, cientos de personas se sacaron el carnet de conducir con ellos. Pero lo que mis padres les entregaron no fue solo una licencia plastificada. Cada uno de esos conductores salió de su autoescuela con algo más valioso: conciencia sobre la responsabilidad que asumían. De alguna manera, al contar esta historia, siento que sumo a ese legado que ellos construyeron persona a persona, clase a clase, generación a generación. Siento que este libro es también una continuación de lo que ellos empezaron hace tanto tiempo. A mis hermanas Rita y Elena, por

seguir compartiendo y sumando momentos. A Maricruz, por su generosidad y su cariño incondicional. A la familia, por seguir siendo esa red que sostiene cuando la vida pesa.

Gracias por compartir la alegría y hacer más fácil mi camino a José, Raquel, José Manuel, Lucía y Miguel. Por ser parte vital de mi vida, de nuestras vidas, por las risas en la mesa, por los abrazos que curan, por estar ahí simplemente porque sí.

Y, por supuesto, a todos mis amigos. La familia que he elegido. Imposible nombraros a todos sin que estas páginas se conviertan en un directorio interminable. A los que quiero, admiro y agradezco tener siempre a mi lado, sobre todo en los momentos en los que no es fácil acompañarme. A los que entendéis mis ausencias. A los que celebráis mis logros como si fueran propios. A los que sabéis que la amistad verdadera no necesita explicaciones.

Gracias a todas las instituciones públicas y privadas que contribuyen con su trabajo silencioso en la prevención de la violencia vial. A la labor que se desempeña desde el Observatorio de Criminología Vial de España en especial de la mano de José María y Juan Antonio y a todos los criminólogos que trabajan desde y con la criminología en su disciplina vial. Gracias a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad que se dejan la piel día a día en todo lo que acontece en el entramado vial.

Pero este libro existe porque Iván existió. Aunque también existe porque todas estas personas hicieron posible que yo pudiera sentarme frente a un ordenador y transformar el dolor en un: para qué. Gracias, Marta Robles y Gregori, por ponérmelo tan fácil, apostar, creer y entender que hay historias que necesitan ser contadas, aunque duelan.

Gracias infinitas de María José, la mamá de Iván, y de esta humilde escritora. Gracias infinitas a ti, Iván, por dejarme tener la suerte de conocerte.

– • –



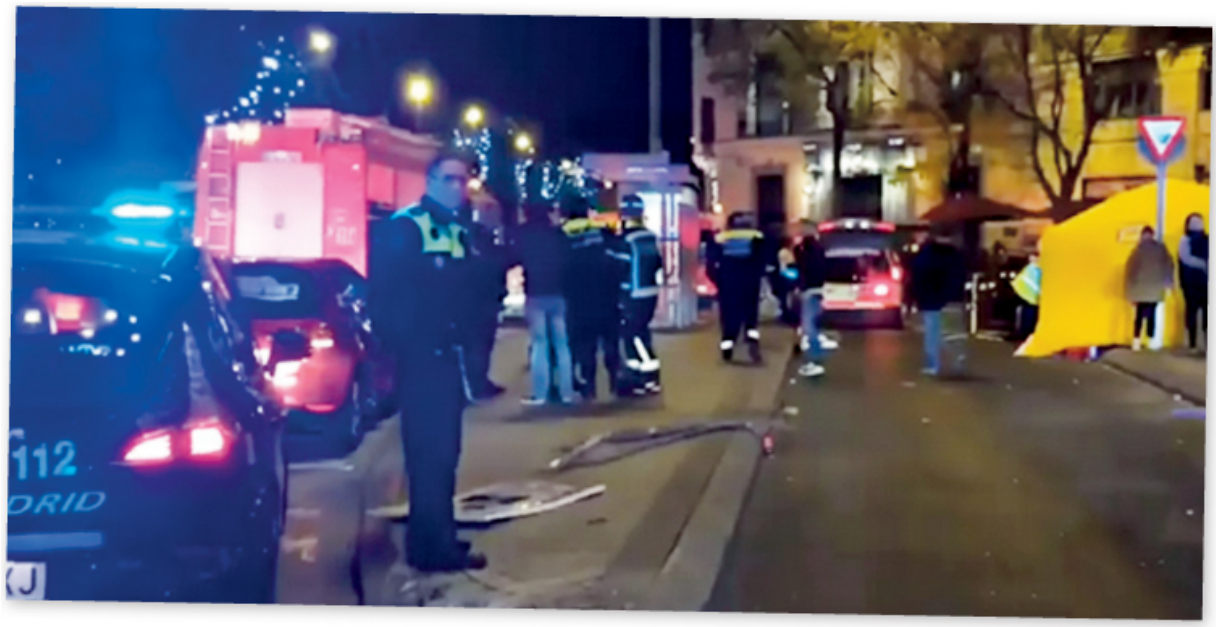
La marquesina del paseo del Prado donde tuvo lugar el atropello mortal. Hay unas flores que recuerdan lo que nunca debió pasar.




El Ford Focus perdió el control y salió despedido, derrapando durante 34 metros sobre el asfalto. Chocó con esta señal de tráfico además de con la dársena y un poste de la EMT. Fuente: Emergencias Madrid.



Tras recorrer 93 metros sin detenerse después del impacto inicial, el Ford Focus termina finalmente su trayectoria en el aparcamiento público de Las Cortes, ubicado en la plaza de las Cortes, número 13, en pleno centro de Madrid, junto al Congreso de los Diputados. Fuente: Emergencias Madrid.




Servicios de emergencias desplegados en el lugar del atropello, bajo la carpa amarilla Iván luchaba por su vida.



Marí a José pudo darle la mano a su hijo en coma, aferrados a
la esperanza de un milagro. Su corazón seguí a latiendo. Con su mano entre las suyas, le prometió luchar para que nadie más sufra lo mismo.




Lápida donde descansa el cuerpo de Iván en el Cementerio de Carabanchel.



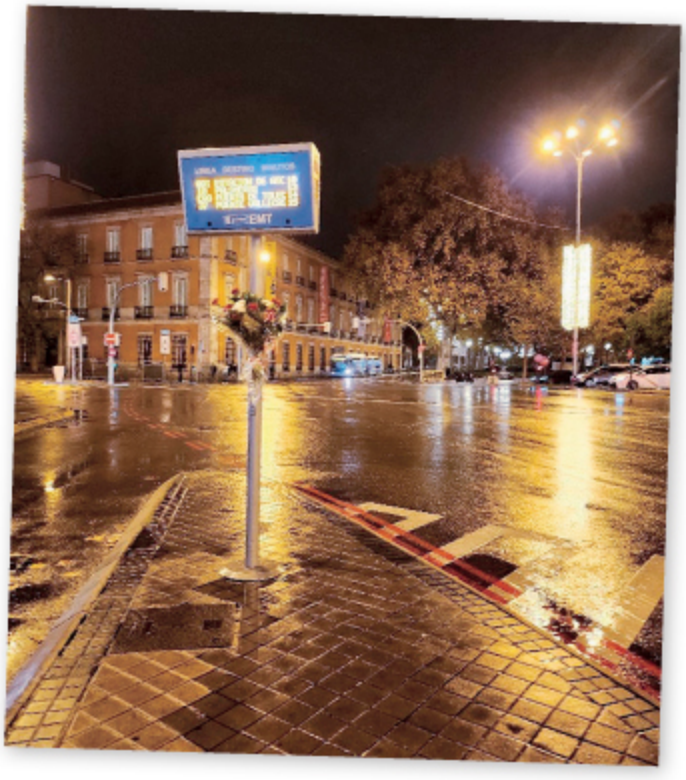


Vallas en la marquesina de la parada de autobús de la plaza de Neptuno de Madrid. 29 de noviembre de 2024. Fuente: EFE/ Blanca Millez.



Fotografí as de la marquesina nueve años después el mismo dí a y a la misma hora de los hechos contados en la novela: el 09/12/2025 a las 23.30 horas.

Desde la marquesina se divisa la fuente de Neptuno.

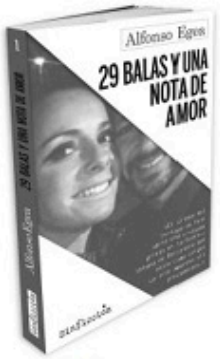


En el panel electrónico informativo de la EMT, un ramo de claveles blancos y rojos. El panel informativo al que Iván se acerca a consultar.



Vallas del aparcamiento público de Las Cortes, ubicado en la plaza de las Cortes. El aparcamiento en el que quedó finalmente el vehí culo tras el atropello.

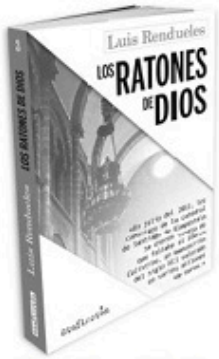
## Otros títulos de la colección sinficción ya a la venta




— 29 balas y una nota de amor
de Alfonso Egea



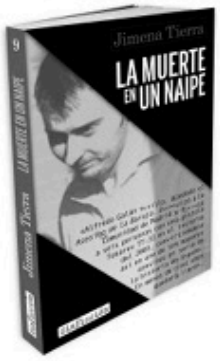

— Cazaré al monstruo por ti
de Manuel Marlasca




— Los ratones de Dios
de Luis Rendueles




— Desmontando el crimen perfecto
de Mayka Navarro




— La muerte en un naipe
de Jimena Tierra




— La Hermandad del Mal
de Cruz Morcillo




— El celador de Olot
de Matías Crowder



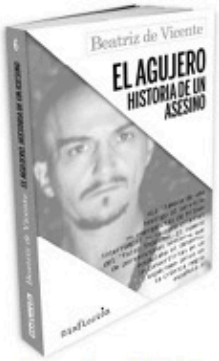

— El Superviviente
de Nacho Abad




— Donde más duela
de Ana Mendoza




— Olor a muerte en Pioz
de Beatriz Osa




— El agujero. Historia de un asesino
de Beatriz de Vicente




— Hágase tu voluntad
de Vanesa Lozano



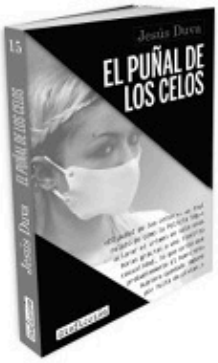

— De prisiones, putas y pistolas
de Manuel Avilés




— Enemiga íntima. Una novia virtual, una estafa y un asesinato de Susana Peix




— El crimen de la peregrina
de Pablo Muñoz




— El puñal de los celos
de Jesús Duva




— Ferrándiz, el matamujeres
de Cruz Morcillo

Sinficción


Portada de La Marquesina hecha por Laura Gómez